

dro  
9962  
ñoz  
eca

# SATANELO

Tres actos



**LA FARSA** 50 cts.

SOCIETAT DE AUTORS ESPANOLS

Cubierta de este número:

SAGRA DEL RIO

en

SATANELO

PEDRO MUÑOZ SECA

# SATANELO

DIABLURA EN TRES ACTOS

*Estrenada en el Teatro Infanta Beatriz,  
de Madrid, el 10 de mayo de 1930*

DIBUJOS DE GARRAN



LA FARFA

AÑO IV | 26 DE JULIO DE 1930 | NUM. 150  
MADRID



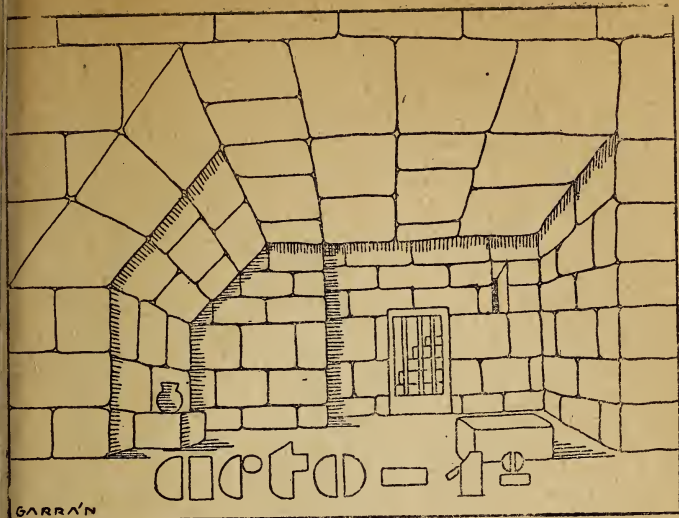
*Al eminente psicólogo y sabio  
Dr. D. Mariano Morales, pro-  
prietario de las aguas de Hoz-  
nayo, las mejores del mundo.*

EL AUTOR

## PERSONAJES DEL ACTO PRIMERO

---

<i>Gloria</i> ... ..	Carmen V. Palencia.
<i>Martirio</i> ... ..	Fe Malumbres.
<i>Satanelo</i> ... ..	Fernando Soler.
<i>Fortián</i> ... ..	Domingo Soler.
<i>Monje</i> ... ..	Antonio Monsell.
<i>Leoncio</i> ... ..	José Casín.
<i>San Miguel</i> ... ..	Agustín Povedano.
<i>Rodríguez</i> ... ..	José Jordán.
<i>Monasterio</i> ... ..	Alberto Castillo.
<i>La voz de Cornalia</i> ... ..	Sagra del Río.
<i>Apuntadores</i> ... ..	{ Francisco Palazón. Guillermo Larenas.



Un sombrío calabozo en el sótano de una prisión. En el foro, una puerta con amplia reja. A través de esta reja se ve un estrecho corredor, al que se baja por una tosca escalera de piedra que se pierde en el foro. Es de día. No hay en escena más luz que la que penetra por una claraboya que hay en el corredor, cerca del techo.

(Al levantarse el telón está en escena esposado y encadenado fuertemente FORTIÁN, un hombre como de cincuenta años, muy mal encarado, con barba de diez días y aspecto patibulario. Cerca de él, sobre una gran piedra, hay un cántaro, una cazuela y un pan. Tras una breve pausa entran en escena por la escalera del foro y bajan al corredor MONJE y LEONCIO, dos carceleros con caras de contadísimos amigos, que traen otra cazuela, otro pan y otro cántaro como los que hay en escena. Se asoman a la reja del calabozo, miran con cierta escama, abren luego la puerta y entran en él.)

MONJE.—¿Tampoco has cenado anoche?

FORTIÁN.—Ya lo ves.

MONJE.—Llevas dos días sin probar bocado.

FORTIÁN.—Te he dicho que me he propuesto morir de hambre, y yo hago siempre lo que me propongo. Estoy cansado de vivir. Creo esta vez muy difícil mi evasión, y como sé el fin

que me aguarda, prefiero morir de hambre a morir a manos del verdugo.

MONJE.—Allá tú. Ahí te queda el almuerzo de hoy.

LEONCIO.—¡Y que huele a gloria la cazuela!

FORTIÁN.—¡Tienes tú una idea de la gloria!...

MONJE.—Los periódicos hablan ya de la huelga del hambre que has iniciado.

FORTIÁN.—¿Tan pocas cosas ocurren en el mundo que tienen que ocuparse de mí?

MONJE.—Es que tú eres algo muy grande, Fortián. En clase de asesino no creo que nadie te haya aventajado.

FORTIÁN.—Tú lo dices con ironía, pero yo lo oigo con orgullo.

LEONCIO.—¿Pero es de veras que gozas haciendo el mal?

FORTIÁN.—Es de veras. Llevo dentro de mí no sé qué furia o qué demonio. (*Se estremece de rabia.*) Has hecho bien en encadenarme de esta manera. ¡Si yo tuviera mis manos libres y pudiera trincarte a mi gusto!...

LEONCIO.—(*Miedoso, a Monje.*) Vámonos, Monje.

FORTIÁN.—¡Con la sed que tengo, toda tu sangre iba a parecerme poca!

LEONCIO.—(*Como antes.*) Hala, hombre. ¡Anda y que se pudra!

FORTIÁN.—(*Por la comida.*) Llévate todo eso.

MONJE.—Nuestra obligación es dejarlo ahí. Y te advierto que yo veo con simpatías el que no comas. Respondo de ti con mi cabeza, y cuanto más débil estés más difícil te será escapar, que no creas que las tengo todas conmigo, a pesar de tantas cadenas. Sé cómo las gastas y... Alumbra, Leoncio; vamos a revisar... (*Leoncio, miedoso, alumbra alargando el brazo, y Monje, guardando las precauciones debidas, examina las cadenas.*) Está bien. Ea, andando. Dentro de media hora volveré con el nuevo juez, que desea interrogarte sobre otro crimen más que te cuelgan. Dicen que eres también el autor de la muerte de no sé qué frailes que bajaban del Romeral.

FORTIÁN.—Sí, tres. ¡Buena carambola!

MONJE.—¿Y lo confiesas tan tranquilo?

FORTIÁN.—¿Qué más da?... Buen castigo me impondrán por ese delito. ¡¡Ahí es nada: tres frailes y en tiempo de veda!!... (*Ríe de un modo siniestro.*) Aquella noche fué una noche completa. Maté también a un guarda del Romeral que intentó detenerme.

MONJE.—¿Eh? ¿Al navarro?

FORTIÁN.—Así lo llamaban.

MONJE.—¿Entonces su hermano, a quien condenaron como fratricida, es inocente?



FORTIÁN.—(*Con sorda rabia.*) Siento haber hablado de ello. Me gustaba que un inocente penase por mí.

LEONCIO.—¡Qué fiera de hombre!...

MONJE.—Vamos; tenemos que dar cuenta de esta confesión.

LEONCIO.—Espera, que no quiero que apiolen a este criminal sin haberle dado algo por mi cuenta... ¡Toma! (*Le arrea una patada y se va un poco asustado de lo que acaba de hacer.*)

FORTIÁN.—(*Pugnando inútilmente por zafarse.*) ¡Maldita!... ¡Si logro verme libre, yo te juro que me las has de pagar!

LEONCIO.—(*Miedosísimo, saliendo con Monje del calabozo.*) Las cadenas están bien, ¿verdad?

MONJE.—Sí, hombre. Todo podrá hacerlo ése menos huir. (*Se les ve subir la escalera y desaparecer.*)

FORTIÁN.—¡Canallas!... (*Nuevamente intenta zafarse y de nuevo abandona su intento, desalentado.*) ¡Imposible! ¡Ira del infierno!!... (*Una luz roja muy intensa alumbra súbitamente la escena.*) ¿Eh?... ¿Qué es esto?... (*Filtrándose a través del muro o por escotillón, según las posibilidades, se presenta en escena SATANELO, un diablo de buena presencia que viste de americana.*) ¡¡Satanás!!

SATANELO.—No tanto, hombre. Un nieto suyo simplemente.

FORTIÁN.—(*Que no vuelve de su asombro.*) ¡El diablo! ¡Qué visión!

SATANELO.—(*Molesto.*) Si empezamos con ofensas, me voy.

FORTIÁN.—(*Dudando.*) ¿Pero no deliro?

SATANELO.—No; mírame bien. (*Quitándole las esposas.*) Tócame si quieres.

FORTIÁN.—(*Cogiéndole una mano y haciendo un gesto de dolor.*) ¡Quemas! ¡Y yo que pensaba que no había más allá y que el diablo era una papa!

SATANELO.—Lo de la papa me molestaba muchísimo. (*Se sienta.*)

FORTIÁN.—¿Y eres nieto de Satanás?

SATANELO.—Por parte de madre. Soy hijo de su hija Sata-nela y de un recaudador de contribuciones de Almería: don Serafín Rodríguez Laiglesia, que cómo sería el tal Rodríguez, cuando, a pesar del Serafín y de Laiglesia, lo aceptó Satanás como hijo político.

FORTIÁN.—De Almería ha salido muy buena gente.

SATANELO.—Ya lo creo. No se chupan allí el dedo, no.

FORTIÁN.—De manera que eres Satanelo Rodríguez.

SATANELO.—Protector tuyo desde hace muchos años. Tengo a mi cargo esta región, y a ti te he trabajado con verdadero deleite. La mayoría de tus crímenes he sido yo quien te los ha inspirado.

FORTIÁN.—Habrás visto que ejecutando soy un hacha.

SATANELO.—Por eso dejo que me tutees.

FORTIÁN.—Pues hombre, ya que entre los dos hay esta confianza, quítame estos grillos y estas cadenas, que me están molestando muchísimo.

SATANELO.—Nada más fácil para mí. Mira. (*En un instante le quita grillos y cadenas.*)

FORTIÁN.—Conviene tener amigos hasta en el infierno. (*Levantándose y estirándose.*) ¡¡¡Uf!!! ¡Gracias a Dios!

SATANELO.—(*Estremeciéndose y aullando lúgubrementemente.*) ¡¡Aúúú!!

(*La luz de la escena se convierte de rojo en azul y de azul en verde, volviendo al rojo cuando Satanelo se tranquiliza.*)

FORTIÁN.—Perdona; no he querido molestarte. Son cosas que uno dice sin sentir... Tranquilízate y dime a qué debo el honor de esta visita...

SATANELO.—Pues que acabo de proponerte para el gran ascenso y vengo a hablarte del particular.

FORTIÁN.—(*Perplejo.*) Como no te expliques...

SATANELO.—Verás: tú, con arreglo a tu inscripción en el gran libro del destino, tienes vida hasta dentro de nueve años.

FORTIÁN.—¿Qué dices, Rodríguez?

SATANELO.—Al menos que tú te la quites voluntariamente.

FORTIÁN.—¿De manera que si yo no me suicido, aunque los tribunales me condenen a muerte, puedo vivir aún nueve años más?

SATANELO.—Hasta el 31 de diciembre de 1938.

FORTIÁN.—(*Cogiendo el cántaro del agua.*) Voy a beber a tu salud, porque la sed es lo que más me mortifica.

SATANELO.—(*Sujetando el brazo a Fortián.*) Aguarda.

FORTIÁN.—¡Quita!

SATANELO.—¡Aguarda te digo!

FORTIÁN.—(*Furioso.*) ¡No!

SATANELO.—(*Idem.*) ¡Quieto! (*Varía de colores la luz de la escena y del cántaro brota una llamarada.*) ¡Bebe ahora si gustas!

FORTIÁN.—(*Dejando el cántaro y sentándose vencido.*) Perdona; olvidé que eras... quien eres. (*Vuelve la luz roja a la la escena.*) Pero, vamos, no comprendo...

SATANELO.—Es que acaso no te convenga beber, Fortián.

FORTIÁN.—Cuando tú lo dices... Explícate, te escucho.

SATANELO.—Has de saber que, gracias al trabajo de nuestras legiones durante tantos siglos, el Infierno está completamente lleno; tan lleno que es ya difícil alojar en él a los que diariamente van llegando, y que ahora, por fortuna, son menos, porque a raíz de la derrota política de Luzbel, los luzbelianos, en lo que afecta a las mujeres, han iniciado una huel-

ga de brazos y rabos caídos y no tientan más que a aquellas que no hay más remedio que tentarlas.

FORTIÁN.—¿Pero también en el Infierno se hace política y hay partidismos y banderías?

SATANELO.—¿Sería aquello el Infierno si no fuera así? ¡Menuda se arma allí cada lunes y cada martes!

FORTIÁN.—Hombre, me interesa.

SATANELO.—Entre Satanás y Luzbel hay una rivalidad espantosa. Luzbelianos y sataninos nos tiramos al degüello. Ahora que les podemos siempre. Los luzbelianos son unos retrógrados, amadamados y sinvergüenzas, que no saben inspirar más que vicios menores... ¡Un asco! ¿Dónde va a compararse Luzbel con Satanás? Mi abuelo tiene más soberbia que él, más maldad que él, más cuernos que él y más rabo que él. El otro tiene un rabillo de nada... (*Atiplando la voz y afeminando el gesto.*) ¡Ay, qué rabo! ¡Agua! ¡Que se lo piso!... (*Luz violeta en escena.*) ¿Eh? ¿Qué es esto?... (*Levantándose y encarándose con la pared.*) ¿Qué haces ahí, Cornalia? ¡Vete! ¿No sabes que estoy aquí en comisión de servicio?... ¿A quién? ¿A mí? ¡Respeto el botón de Satanás! (*Suena una bofetada espantosa. Satanelo se lleva la mano al carrillo derecho y dice tambaleándose.*) ¡Mi abuela la de Almería! ¿Qué has hecho, Cornalia? ¡Toma, ladrona! (*Da dos bofetadas al aire al mismo tiempo que cambia la luz de la escena.*) ¡Así! Y ahora... (*Liándose a patadas y dando la sensación de que echa a Cornalia de escena.*) ¡Largo! ¡Fuera! ¡Vete!... ¡Así!... (*Tocándose los sitios doloridos.*) ¡Caray, qué bruta!... (*Sentándose nuevamente.*) Era Cornalia, una sobrina de Luzbel, una diablesa rabona y astillada de un cuerno que me tenía manía porque quiso casarse conmigo y yo la mandé a freír sacristanes. ¡Está de rabiosa!... (*Ríe Fortián a carcajadas.*) Así andamos siempre sataninos y luzbelianos. Bueno, pues, a lo que he venido. Como el Infierno está lleno, una comisión de... subterráneos subió el otro día con bandera blanca a la Gloria. (*Pronuncia este nombre con repugnancia.*)

FORTIÁN.—¿Pero lo de la Gloria es también verdad?

SATANELO.—Claro que es verdad.

FORTIÁN.—Escucha: ¿y, en efecto, vale la pena?...

SATANELO.—¡Quita, hombre! ¡Se aburren de un modo!

FORTIÁN.—Tú qué vas a decir, siendo el demonio.

SATANELO.—Porque lo sé lo digo. Al principio parece que resulta la cosa un poco más agradable; pero luego se hace aquello pesadísimo. ¡Tanta música y tanta música!... Y si todos supieran tocar...

FORTIÁN.—¡Ah! ¿Pero allí?...

SATANELO.—Allí, en cuanto entra uno le dan un violín y,

hala, a tocar. Y a ver qué hace uno, por muy justo que sea, con un violín si no sabe manejarlo. (*Ríe Fortián.*) Claro, como allí son buenas personas, se dicen los unos a los otros: "Toca usted muy bien, toca usted muy bien."; pero otra les queda por dentro.

FORTIÁN.—¡Claro! ¡Al instante iba yo allí!

SATANELO.—Bueno, pues subió la comisión, habló con Miguel Angel...

FORTIÁN.—¿El pintor?

SATANELO.—No; un ángel que se llama Miguel... (*Escupe asquedo.*) y que se las trae con nosotros... Miguel expuso a los de arriba nuestros deseos y nos han concedido unos nuevos locales para ampliar el Infierno que, cuando vayas, ya verás qué hermosura. Desde luego la temperatura es más elevada que en el Infierno actual. Como está más en el fondo de la tierra... Hay un surtidor de mercurio a cuatrocientos grados, que lo van a emplear para duchas, que es algo fantástico, porque es una ducha que, además de achicharrarte, te platea.

FORTIÁN.—(*Estremeciéndose.*) ¡Mira qué bonito!...

SATANELO.—Ya lo están arreglando todo para inaugurarlos en cuanto sea posible; vamos, en cuanto esté creado el cuadro de complemento, porque, hijo mío, hacen falta diablos.

FORTIÁN.—¿Qué?

SATANELO.—Que hacen falta diablos. Tenemos una plantilla bastante reducida. La población réproba aumenta día por día, y como los diablos, con muy escasa diferencia, somos los mismos siempre, y los que estamos dedicados a la tiente de almas no podemos dedicarnos también a la vigilancia y castigo de los condenados, porque entonces no habría producción, pues arriba han autorizado a Satanás para que funde una nueva legión y ascienda a diablo de complemento a los réprobos que lo merezcan y a los mortales que estén en condiciones, y como tú, gracias a mis cuidados, eres más acreedor que nadie a la primera plaza del grupo "B", te he propuesto para ella; Satanás te ha aceptado complacidísimo y vengo encantado a comunicártelo.

FORTIÁN.—¡Yo diablo de pronto!... Hombre, amigo Rodríguez, muchas gracias.

SATANELO.—No hay que decir siquiera que para ocupar dicha plaza tienes que empezar por cumplir tu propósito de suicidarte. Al suicidio le damos nosotros un gran valor, porque es lo que más molesta arriba. Eso de que allí digan: "Este va a vivir tantos años", y nosotros les enmendemos la plana, escuece allí muchísimo.

FORTIÁN.—Bueno, ¿y las condiciones? Vamos, lo que a mí se me ofrece...

SATANELO.—Aquí está. (*Saca un papel y lo examina.*) ¡Bien vas! Tendrás a tu cuidado cuatro calderas y un pozo; es un trabajo divertidísimo: los réprobos que quieren salir de sus calderas, y tú con tu buen pincho, ¡hala!, ¡adentro!... ¡Se ríe uno muchísimo!

FORTIÁN.—(*Complacido.*) ¡Me gusta, me gusta!

SATANELO.—Lo del pozo es también encantador. Tras esfuerzos inauditos llegan al brocal, y al agarrarse para intentar salir, tú con el hacha les cortas los dedos y vuelven a caer a lo más hondo.

FORTIÁN.—(*Como antes.*) ¡Bonito! ¡Ya lo creo! Bueno, me figuro que allí no darán sueldos...

SATANELO.—No; allí se trabaja por la comida. Ahora que ¡vaya comida! ¡Y vaya bebida! El ron helado se sirve en cubos...

FORTIÁN.—(*Complacido.*) ¡Hola!

SATANELO.—De mujeres, para empezar, te darán veinticinco. Verás con qué furia se enamoran las veinticinco de ti.

FORTIÁN.—(*Asustado.*) ¿Qué? ¿Veinticinco y enamoradas furiosamente? ¿No será demasiado?...

SATANELO.—Considera que es el Infierno, Fortián.

FORTIÁN.—Sí, sí, pero, por los clavos de Cristo...

SATANELO.—(*Aullando como antes.*) ¡Aúúú!... ¡¡Aúúú!!... (*Cambia de luz la escena.*)

FORTIÁN.—¡Y dale! Vuelve a perdonar, hombre; pero es que la idea de veinticinco señoras a doscientos grados y enamoradas de mí me ha hecho perder la cabeza. (*Vuelve la luz roja.*) En fin, ya veremos. Y dime, ¿podré venir alguna vez a la tierra para ver a los amigos y tentar a quien me parezca conveniente? Porque, vamos, eso debe ser también divertidísimo.

SATANELO.—No te lo creas. Se pasan ratos muy amargos. ¡Le hacen a uno cada desaire!... ¡Hay personas que no pecan por más que te empeñes! Insistes e insistes, y como si no. Porque lograr que un industrial engañe o un comerciante robe, eso carece de importancia. ¡Anda! Los hay que saben más que uno. ¡Conozco yo a cada farmacéutico!... ¿Pues y esos que venden automóviles? ¡Valiente gremio! Un año me pasé yo entre ellos aprendiendo trucos y martingalas. De los chóferes no hablemos: contamos con casi todos. Pero, hijo, cuando tropiezas con una persona virtuosa de verdad, te estrellas. Mira, hay aquí una muchacha, tú la conoces, que me ha derrotado a mí lo menos mil veces. ¡Maldita!... Pienso en ella y... (*Se muerde las manos; cambia rápidamente la luz de la escena, volviendo al rojo en seguida.*)

FORTIÁN.—¿Dices que yo la conozco?

SATANELO.—Y ha podido también más que tú. Muchas ve-

ces te he dicho: "Mátala", y nunca has querido complacerme.

FORTIÁN.—(*Sordamente.*) Mis razones habré tenido.

SATANELO.—¡Santa estúpida!... Es de tal pureza, de tal bondad, que casi no puedo acercarme a ella. La blancura de su luz me deslumbra y me ciega. ¡Maldición para ella y para su padre! (*Ríe Fortián.*) ¿Te ríes?

FORTIÁN.—Me río porque su padre soy yo.

SATANELO.—¿Yo?

FORTIÁN.—Digo, si es de Gloria Oraz de quien hablas.

SATANELO.—¡Sí! ¿Pero cómo es posible que de un hombre como tú haya nacido esa imbécil?

FORTIÁN.—(*Molesto y amenazador.*) ¿Vamos a dejar a la niña, Rodríguez? Ea, pues, vamos a dejar a la niña. Hablemos de lo que aquí te trae y no perdamos el tiempo en tonterías.

SATANELO.—Tienes razón.

FORTIÁN.—Escucha: ¿podré yo alguna vez hacer lo que tú y asustar a los amigos filtrándome por las paredes?

SATANELO.—No. Esto de poder adoptar las apariencias de persona y ser a un tiempo mismo diablo y hombre es un privilegio exclusivo de los capicuanos, vamos, de los que hemos nacido de hombre y diablo. Ya que, por nuestra desgracia, nacemos sin cuernos ni rabos, tenemos, en cambio, otra ventaja. Ahora que no creas que podemos adoptar la forma de persona cuando queremos. ¡Quia! Necesitamos venir mandados por cualquiera de los jefes y precisa que traigamos como salvoconducto algo perteneciente a ellos mismos. Mira, yo traigo este botón, hecho de un trozo de un cuerno de mi abuelo. (*Por uno de los botones de la americana.*)

FORTIÁN.—¡Qué tío! ¿Y se ha dejado que le despunten?...

SATANELO.—No, hombre; a Satanás le podan la cornamenta todas las primaveras.

FORTIÁN.—(*Examinando el botón.*) Bien duro es el cuerno.

SATANELO.—Lo llevo muy sujeto a la tela, porque si se me pierde, se perdería con él lo que tengo de demonio y me quedaría convertido en un simple mortal.

FORTIÁN.—¿Es posible?

SATANELO.—Ése es el peligro de esta clase de comisiones. Alguna quiebra había de tener el negocio. Más de un caso podría yo citarte. Mira, en la aduana francesa de Behovia está un nieto de Luzbel que vino a la tierra con un pelo de su abuelo y que no sabe cómo perdió el pelo. Nació mocho, como todos los capicuanos; quiso tener cuernos, habló con su madre; ésta le aconsejó que se fuera a París y consultara con un médico amigo suyo; fué a París, se casó con la hija del médico, logró lo que deseaba en seguida, y cuando estaba tan contento, perdió el pelo y lo perdió todo. Si pasas alguna vez por la adua-

na de Behovia, fíjate en un francés enjuto, cenceño, cariagui-  
leño, quijarudo y puntibarbado que hay allí dando el paso a  
los automóviles; ¡para rato tiene! Escucha: ¿no dirás en el  
Infierno nada de esto, verdad?

FORTIÁN.—¡Hombre, por Dios!...

SATANELO.—(*Aullando como antes mientras la luz cambia de  
colores.*) ¡Aúúú!... ¡¡¡Aúúúú!!!... ¡Caray, Fortián!

FORTIÁN.—(*Muy contrariado.*) ¡Válgame Dios!

SATANELO.—(*Como antes.*) ¡¡¡Aúúúúúúúú!!!

FORTIÁN.—¡Cuidado que soy bruto! Esto lo hace otro y le  
muerdo el corazón. Tranquilízate por tu madre, Rodríguez.  
Perdóname. Soy una bestia.

SATANELO.—Mide las palabras, Fortián, porque, ¡caray!, me  
estás dando la tarde.

FORTIÁN.—Vamos, aquí no ha pasado nada. (*Vuelve la luz  
roja.*)

SATANELO.—Y hablando de lo nuestro: ¿aceptas mi proposi-  
ción? ¿Quieres ser diablo?

FORTIÁN.—¡Ya lo creo! ¡Encantado! ¿Cuándo pude soñar  
tal honor?

SATANELO.—¿Cómo quieres suicidarte? Como habías pensado,  
o prefieres algún otro medio más rápido para ocupar pronto tu  
puesto y activar la inauguración de los nuevos locales...

FORTIÁN.—Sí, lo preferiría, y de tener un arma cualquiera...

SATANELO.—Por eso no lo hagas. Yo estoy en todo y vengo  
prevenido. (*Sacando un puñal y dándoselo.*) Toma.

FORTIÁN.—(*Temboloroso, con el puñal en la mano.*) ¿Eh?  
¿Yo con un puñal? (*Luz violeta en escena.*)

SATANELO.—¡Ea! Venga un golpe de los tuyos.

FORTIÁN.—¡Sí! (*Arrancándole de un tirón el botón de Sata-  
nás.*) ¡¡Ya!!

SATANELO.—(*Dando un espantoso rugido.*) ¡¡¡Aaaaah!!!... (*Se  
oye un trueno y queda la escena iluminada como al principio  
del acto.*) ¡Luz!... ¡No veo!... ¡A mí! ¡¡Mi botón!!

FORTIÁN.—(*Sujetándole.*) ¡Calla!

SATANELO.—¡¡Fortián!!

FORTIÁN.—¡Calla te digo! (*Le arroja al suelo, le esposa y lo  
encadena.*)

SATANELO.—(*Luchando en vano con él.*) ¿Qué haces, misera-  
ble? ¡Déjame! ¡Suéltame! ¡Dame el botón de Satanás! ¿No  
ves que todo el Infierno caerá sobre ti?

FORTIÁN.—(*Dando por terminada la faena.*) ¿Qué me impor-  
ta a mí el Infierno? ¡Tengo aún nueve años de vida! (*Toma  
el cántaro y bebe.*)

SATANELO.—¡Me has sorprendido, canalla; pero todos los tor-  
mentos me parecerán pocos para vengarme de ti!

FORTIÁN.—¡Rica está el agua!

SATANELO.—Esta traición te la ha aconsejado Cornalia, mi enemiga; pero también de ella sabré yo vengarme. (*Gritando.*) ¡Aúúú!...

FORTIÁN.—No escandalices.

SATANELO.—Sí; quiero que acudan y que te detengan para poder recuperar mi botón. (*Gritando.*) ¡A mí!... ¡¡Aúúúúúú!!...

FORTIÁN.—¡Si vuelves a chistar, te corto la lengua!

SATANELO.—(*Asustado y aullando muy bajito.*) ¡Aú!...

FORTIÁN.—Necesito que quedes aquí mientras logro evadirme. Tengo que abrir la puerta...

SATANELO.—¿La puerta? ¿Para qué? ¿Teniendo el botón de Satanás? ¿No sabes que puedes filtrarte por los muros?

FORTIÁN.—¿Eh?

SATANELO.—Toma carrera y da de cabeza contra la pared; verás cómo sales.

FORTIÁN.—(*Dándole una patada que lo desloma.*) ¡Entre cuatro, ladrón!

SATANELO.—(*Dolorido y quejándose como un perro.*) ¡Aúúúú!

FORTIÁN.—¿Crees que somos aquí tan idiotas como en el Infierno? (*Examinando la puerta del calabozo.*) Lo de la llave es bien sencillo. Con este puñal. (*Se arrodilla ante la puerta del foro y comienza a manipular.*)

SATANELO.—(*Con voz dulce.*) Fortián... Querido Fortián... No seas ingrato. Anda, ven aquí, déjate de bromas. Escúchame... Aun podemos entendernos. Para ambos será mucho mejor el que terminemos amistosamente. Mira, te hago mejores proposiciones. Devuélveme el botón y yo te juro que te pongo en libertad ahora mismo. Tú no te suicidas, si así lo prefieres, y cuando mueras dentro de nueve años hablaremos.

FORTIÁN.—¡Estás fresco!

SATANELO.—(*Estremeciéndose y tiritando.*) Estoy frío. Desde que me has quitado el botón parece que me has dejado sin calor en las venas. (*Suplicante.*) ¡Anda, Fortián!... Te aseguro que harás en el Infierno lo que quieras. Yo te prometo seleccionarte los condenados. ¿Qué quieres en las calderas? ¿Quieres jueces y magistrados? ¿Quieres banqueros? ¿Deseas, por el contrario, algo más pintoresco? Yo iré a los antros de la vanidad y de la soberbia y te llenaré el pozo de literatos y de artistas; te llevaré los mejores cantantes y los mejores actores. ¡Dan al quejarse unas notas tan limpias y blasfeman de una forma tan variada!

FORTIÁN.—(*Haciendo saltar la cerradura.*) ¡Ah! ¡¡Ya está!!

SATANELO.—(*Angustiado, incorporándose.*) ¡Eh!...

FORTIÁN.—(*Metiendo el brazo por la reja.*) El cerrojo es lo malo... ¡No alcanzo! (*Respira Satanelo, esperanzado.*) ¡Si la



truz del puñal puede servirme para tirar y recorrerlo!...

SATANELO.—¡Fortián!

FORTIÁN.—(*Manipulando afanosamente en la reja.*) ¡Calla, no me interrumpas!

SATANELO.—(*Apuradísimo.*) ¡Pero serás capaz de abrir y de marcharte y de dejarme aquí haciendo este ridículo tan espantoso? Porque ¿a quién le digo yo que soy el diablo?

FORTIÁN.—(*Sin dejar de trabajar.*) ¡Bah! Si yo logro huir, ya te salvarán los tuyos.

SATANELO.—¡Quia! ¡Con lo atareadísimos que están y con el odio que me tienen!... ¿No ves que yo he ascendido muchas veces indebidamente por intrigas de mi madre?

FORTIÁN.—¡Ah!, ¿pero también allí se protege a la familia?

SATANELO.—Rodríguez llevó eso de España.

FORTIÁN.—(*Muy contento.*) ¡Ah!...

SATANELO.—(*Muy apurado.*) ¡Ay!

FORTIÁN.—(*Descorriendo desde dentro el cerrojo.*) ¡¡¡Ya!!!

SATANELO.—(*Tristemente.*) ¡Ya!

FORTIÁN.—¡¡Gracias a Dios!!

SATANELO.—¡¡¡Aúúúúúúú!!!

FORTIÁN.—(*Logrando abrir la puerta del calabozo.*) Aúlla cuanto quieras. Ahora ya no me importa. La puerta está abierta, y Fortián con un puñal en la mano es el dueño del mundo. Ahí te quedas. Subiré, me ocultaré en cualquiera de los recovecos que conozco; cuando bajen los carceleros tomaré la puerta, y cuando tú les cuentes lo sucedido ya estaré yo muy lejos de aquí.

SATANELO.—¡Por tu hija, Fortián! ¿Por qué no dejas el botón ahí en un rinconcito? Podría yo recogerlo cuando me soltaran, adquiriría mi poder y burlaríamos los dos a la justicia...

FORTIÁN.—Sí, y te dedicarías a buscarme y a vengarte de mí. ¡Vamos, hombre! Este botón no lo vuelves a ver tú. Cuando yo muera dentro de nueve años me presentaré con él en el Infierno, haré saber a Luzbel la partida que te he jugado y puede que él me dé allí un empleo mejor que el que tú me has ofrecido. Desde ahora soy ya luzbeliano.

SATANELO.—(*Retorciéndose.*) ¡No me pierdas, Fortián! ¡No hagas eso! ¿No comprendes que van a deshonorarme? ¡Tan bonita carrera que yo llevaba!...

FORTIÁN.—Ea, hasta el Infierno. (*Sale del calabozo y entorna la puerta.*)

SATANELO.—¡¡Fortián!!

FORTIÁN.—¡Adiós!

SATANELO.—¡¡¡Aúúúúúúúú!!!...

FORTIÁN.—(*Desde la reja, puñal en mano.*) Si gritas, entro y...

SATANELO.—(*Aullando bajito.*) ¡Aúúúú!...

FORTIÁN.—¡Pobre diablo! (*Sube la escalera y desaparece.*)

SATANELO.—¡Estoy perdido! ¡Las voy a pagar todas juntas! Y esto es obra de Cornalia, de esa rabona miserable. (*Luz violeta en escena.*) Sí, aquí está. La siento a mi lado. (*En alta voz.*) ¡Estás ahí, verdad, canalla? (*Suena una gran risotada de mujer.*) ¡Te ríes! ¡Ay, si yo tuviera el botón de mi abuelo! ¡Qué patada iba a darte en el solar del rabo! (*Nueva risotada.*) ¡Qué es lo que te propones, di?

VOZ DE CORNALIA.—Vengarme de ti, Satanelo. Estás perdido irremisiblemente.

SATANELO.—Lo sé.

VOZ.—Si te matas o si te matasen, volverías al Infierno fracasado, y serían los tuyos los que con más furia te condenarían al deshonor. (*Satanelo se muerde las manos.*) Y si aguardas a recuperar el botón, tendrás que vivir en la tierra como un simple mortal, sujeto a todas las amarguras de la vida terrena. ¡Lo que voy a gozar viéndote sufrir! (*Ríe.*)

SATANELO.—¡¡Miserable!!

VOZ.—(*Cambiando de tono.*) ¡Aguarda! (*La luz de la escena se torna de violeta en naranja.*)

SATANELO.—(*Esperanzado.*) ¡Eh?... ¿Qué sucede?...

VOZ.—(*Un poco alterada.*) Los carceleros han visto a Fortián y le persiguen.

SATANELO.—(*Expectante.*) ¡Ah!...

VOZ.—(*Más alterada aún.*) ¡Le alcanzan!

SATANELO.—(*Esperanzadísimo.*) ¡Por fin!

VOZ.—¡Luchan! ¡Forcejean!... (*Alegre.*) ¡Huye con las ropas destrozadas!... (*Los cambios de luz van indicando a un tiempo, con sus colores diversos, las esperanzas y las angustias del uno y de la otra. Gritando alegremente.*) ¡¡Ah!! ¡Se ha salvado!

SATANELO.—¡¡Maldición!!

VOZ.—(*Aterrada.*) ¡¡Qué espanto!!

SATANELO.—(*Esperanzado nuevamente.*) ¿Qué?...

VOZ.—¡Tiene roto el bolsillo donde guarda el botón de Satán y se le va a caer! (*Angustiada.*) ¡¡Se le cae!! ¡¡Se le cae!! (*Un rugido de rabia.*) ¡¡Aaaaaah!! (*Suena un trueno espantoso.*)

SATANELO.—¡¡Se le cayó!!

VOZ.—¡Y a qué manos malditas ha ido a parar!

SATANELO.—(*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja, ja!

VOZ.—No te alegres, Satanelo, porque ahora no podrá salvarte nadie. ¡Ni yo misma!

SATANELO.—¿Eh?

VOZ.—Todo se ha perdido. (*Tristemente.*) ¡Queda en la tie-

era, Satanelo!... ¡Si hay todavía algún modo de salvarte, yo te juro por la furia de mi deseo que volveré en tu lugar. (Lúgubrememente y alejándose la voz por momentos.) ¡Aúúúú... El botón de Satán ha caído en las regiones del bien. (Un trueno lejano. Desaparece la luz violeta y vuelve a quedar la escena en la semi-obscuridad del principio del acto. Casi como un eco.) ¡Aúúúúú!... ¡El botón de Satán ha caído en los espantosos abismos! (Se pierde la voz en un trueno lejísimo.)

SATANELO.—(Colérico.) ¡No vuelvas nunca, casquivana, rabona, montón de inmundicias, aborto de cabra!... ¿Dónde habrá caído el botón? (Rumor de voces dentro.) ¿Eh?...

(Jadeantes, convulsos, bajan la escalera del foro MONJE y LEONCIO. Sus ropas en desorden y algún que otro jirón denotan la lucha que acaban de sostener con Fortián.)

MONJE.—¡Qué horror! ¡Me va a costar el cargo, Leoncio!

LEONCIO.—(Muerto de miedo.) Y a mí algo más. ¿Por qué le daría yo aquella patada?...

MONJE.—(Asomándose a la reja y viendo a Satanelo.) ¡Dios santo!

SATANELO.—(Aullando no muy fuerte.) ¡Aúúúú! ¡¡Aúúúú!!

MONJE.—¡¡Está ahí!!

LEONCIO.—¡Esto es un milagro del cielo!

SATANELO.—(Como antes.) ¡Aúúúúú!...

LEONCIO.—Aquel no era Fortián.

MONJE.—Por lo visto. ¡Ah! Sí, mira: el calabozo está abierto. (Entra en él.)

LEONCIO.—(Entrando también.) Entonces...

MONJE.—(Enfocando con su farol.) ¿Quién eres?

LEONCIO.—(Idem.) ¿Eh? ¿Esa cara?...

SATANELO.—¡Imbéciles! ¡Habéis dejado escapar a ese bandido!

MONJE.—(Resueltamente.) ¡No, no ha escapado, mientes!

SATANELO.—¿Eh?

MONJE.—Ni él ha podido salir de aquí, ni tú has podido entrar. ¡Fortián eres tú!

SATANELO.—¿Qué?

MONJE.—Yo respondo de él con mi cabeza y aprecio mucho mi vida. ¡Fortián eres tú! Has entrado aquí no sé cómo; le has salvado no sé de qué manera, y ahora, quieras que no, vas a salvarme a mí también. Este hombre es Fortián Oraz. ¿Me oyes bien?

LEONCIO.—¡Sí!

MONJE.—Por fortuna, los que van a bajar ahora no conocen a Fortián.

SATANELO.—No importa. Yo les diré que no soy el que buscan.

MONJE.—No te creerán. Ante nuestra afirmación tus negati-

vas parecerán una torpe argucia. Entretanto buscaremos nosotros el medio de eludir nuestra responsabilidad.

LEONCIO.—¿Pero cómo ha entrado aquí este tío ladrón, mal-haya sea su abuelo? (*Le atiza una patada de las suyas.*)

SATANELO.—¡¡Aúúúúúúú!!...

LEONCIO.—(*Muy satisfecho.*) ¡Yo! ¡Yo he sido! ¿Qué pasa?

MONJE.—¿Por dónde has entrado?

SATANELO.—¡Filtrándome por las paredes, imbécil! ¿No estás viendo que soy el diablo?

LEONCIO.—(*Muerto de miedo.*) ¡Ay, mi madre! ¡Jesús, María y José!

SATANELO.—¡Aúúúúúú!...

MONJE.—(*A Leoncio.*) ¡Calla, estúpido! ¿Eres el demonio y no puedes zafarte de esas cadenas?

LEONCIO.—(*Recobrando su serenidad.*) Tienes razón. Este es un sinvergüenza. (*Dándole otra patada.*) ¡Vamos, anda!

SATANELO.—¡¡Aúúúúúú!!... (*Rumor de voces dentro.*)

MONJE.—Ahí vienen, Leoncio. Serenidad. Es cuestión de vida o muerte para nosotros. Oigas lo que oigas y pase lo que pase, este hombre es Fortián Oraz.

SATANELO.—(*A media voz. Angustiado.*) (¿No habrá quien me salve? ¡Madre Satanela! ¡Padre Rodríguez!)

SANMIGUEL.—(*Dentro.*) Cuidado, padre Rodríguez.

SATANELO.—(*Estremeciéndose.*) ¿Eh?...

P. RODRÍGUEZ.—(*Dentro.*) Por aquí, Sanmiguel.

SATANELO.—(*Angustiado, bajito.*) ¡Aú! ¡Aú!...

(*Bajando la escalera el PADRE RODRIGUEZ, anciano sacerdote; SANMIGUEL, el juez, hombre de cuarenta años, y MONASTERIO, el escribano, muchacho de buena presencia.*)

SANMIGUEL.—Alumbre, Monasterio.

MONASTERIO.—Sí, señor. A ver, Monje.

MONJE.—(*Alumbrando también con su farol.*) Ya no hay más escalones.

P. RODRÍGUEZ.—¡Qué cueva, Dios mío!

SATANELO.—¡¡Aúúúúúú!!...

SANMIGUEL.—¡Demonio!

SATANELO.—(*Con naturalidad.*) Adelante.

SANMIGUEL.—(*Entrando en el calabozo.*) ¿Qué dice?

SATANELO.—(*Al verle.*) (¡Caramba! El de la rubia guapa que estuve tentando ayer!) (*Al ver a Monasterio.*) (¡Y el otro sinvergüenza!...) (*Al ver a Rodríguez.*) (¡¡Un negro!!) (*Retorciéndose.*) ¡¡Aúúú!! ¡¡Aúúúú!!

SANMIGUEL.—(*Examinándole.*) ¡Qué fiera!... ¡Y qué magnífico tipo!

SATANELO.—¿Eh?

SANMIGUEL.—Si hubiera usted estudiado frenología como yo,

padre Rodríguez, vería cómo están marcadas en este odioso criminal las características todas del tipo sanguinario. (*Le palpa la cabeza.*)

SATANELO.—¡No me toques!

SANMIGUEL.—¡Calla con mil diablos!

SATANELO.—(*Humildemente.*) Te obedezco.

SANMIGUEL.—(*Palpándole.*) ¡Ya lo creo! ¡Caracoles!...

TODOS.—(*Que siguen esta inspección con gran interés.*) ¿Qué?

SANMIGUEL.—Es rarísimo. Tiene un bultito en cada frontal.

SATANELO.—Eso lo tenemos todos los mochos.

SANMIGUEL.—¿Cómo?

SATANELO.—Que eso lo tenemos en el Infierno muchos machos mochos.

SANMIGUEL.—Cállese el cínico, que no estamos para juegos de palabras. Toque usted aquí, padre Rodríguez.

SATANELO.—(*Revolviéndose.*) ¡Que no me toque! ¡Que no me toque el negro! ¡Aúú!

SANMIGUEL.—Le advierto que el padre Rodríguez, que a su condición de sacerdote une la de abogado, ha sido nombrado defensor de usted.

SATANELO.—Mío no, de Fortián. Yo no soy Fortián; Fortián ha huído hace un instante, dejándome aquí encadenado. Al huir ha luchado con los carceleros. Miradles trémulos aún y con las ropas en desorden...

MONJE.—(*Nerviosísimo, arreglándose la ropa.*) ¡No le hagáis caso!

LEONCIO.—(*Idem, idem.*) ¡Miente!

SANMIGUEL.—(*Dudando.*) ¿Eh?

SATANELO.—¡No miento! Dicen que soy Fortián para salvarse, porque con sus vidas respondían del bandido.

MONJE.—(*Amenazador, tirando de puñal.*) ¡Calla, miserable, o...!

SANMIGUEL.—(*Interponiéndose.*) ¿Qué es esto?

P. RODRÍGUEZ.—(*Idem.*) ¡Calma, amigo Monje!

MONASTERIO.—(*Quitándole el puñal.*) ¿Te has vuelto loco?

MONJE.—Es que ante tamaña impostura...

SATANELO.—No es impostura. Yo puedo probar que no soy Fortián.

SANMIGUEL.—¿Quién eres entonces?... ¿Eh? (*Pausa breve.*) ¿Callas? (*A Monasterio.*) Que conteste a las generales de la ley y que se defina.

MONASTERIO.—(*Disponiéndose a escribir.*) Sí, señor. ¿Cómo te llamas?

SATANELO.—Satanelo Rodríguez.

MONASTERIO.—(*Escribiendo.*) ¿Natural?

SATANELO.—(*Con la mayor naturalidad.*) Del Infierno.

SANMIGUEL.—Procure el reo contestar en serio a lo que se le pregunta.

SATANELO.—En serio digo que he nacido en el Infierno.

SANMIGUEL.—¡Vaya usted al diablo!

SATANELO.—Gracias.

SANMIGUEL.—¡Diga de dónde es!

SATANELO.—¡Y dale! ¡Del Infierno, señor! ¡Soy nieto de Satanás!

SANMIGUEL.—(*Desesperado.*) ¡Vaya!

MONJE.—¿Están ustedes viendo? ¡Es un impostor!

P. RODRÍGUEZ.—(*Aprovechando una distracción de los demás.*) Continúa así, ese es el camino.

SATANELO.—¡No me hables, negro! ¡Aúúúú!

SANMIGUEL.—Le advierto que el recurso de fingirse loco está ya gastadísimo.

SATANELO.—Yo no finjo locura. Yo soy un diablo. ¡Míreme bien, caramba! Yo adquirí corporeidad temporal merced a mi condición de capicuano, y, provisto de un salvoconducto satánico, vine a tratar con Fortián de unos asuntos particulares; pero el muy canalla me arrancó el salvoconducto que me hacía invulnerable, y yo, que era diablo y persona, más diablo que persona, continúo ahora siendo diablo y persona, pero más persona que diablo.

P. RODRÍGUEZ.—(*Guiñándole.*) Adelante.

SATANELO.—¡Aú!... ¡Que no me guiñe el negro!... ¡Soltadme! Si yo puedo probar que soy el diablo. (*A Sanmiguel.*) Casualmente estuve ayer en tu casa tentando a tu mujer.

SANMIGUEL.—(*Furioso.*) ¿Eh?... ¡Haré que le amordacen!

SATANELO.—¿Es que lo dudas? Pues dime: cuando llegaste ayer a tu casa, que entraste ocultándote en el bolsillo de atrás del pantalón las trescientas pesetas que sacaste a la lotería...

SANMIGUEL.—(*Perplejo.*) ¡Carape!

SATANELO.—¿No encontraste a tu mujer escribiendo una carta?

SANMIGUEL.—(*Como antes.*) ¡Recarape!

SATANELO.—¿No te dijo ella un poco azorada que le estaba escribiendo a su prima Ramona?

SANMIGUEL.—Sí.

SATANELO.—Pues lo de Ramona era música. (*Por Monasterio, que le escucha como sobre ascuas.*) Le estaba contestando a éste, que se la había declarado el día anterior.

MONASTERIO.—¡¡¡Falso!!!

SATANELO.—¡Y le estaba diciendo que sí!

SANMIGUEL.—¿Eh?...

MONASTERIO.—(*Lívido.*) ¡Falso, señor juez; este miserable

pretende enzarzarnos para impedir la diligencia que venimos a hacer! Aquí está el auto...

SATANELO.—(*Irónico.*) ¡La diligencia, el auto... y tú, en coche! (*Imperiosamente, señalando un bolsillo.*) ¡Ahí llevas la carta! ¡Enséñala!

MONASTERIO.—(*Llevándose la mano instintivamente al bolsillo indicado.*) ¡No! (*Rehaciéndose.*) ¡Canalla, te voy a...!

P. RODRÍGUEZ.—(*Sujetándole.*) ¿También usted?

SANMIGUEL.—¿Pero qué dice ese hombre?

SATANELO.—Que tengas cuidado, juez. Que no es esta la primera carta que escribe tu señora. Ten ojo.

SANMIGUEL.—¡Tengo ojo y tengo, además, tratamiento de usía!...

SATANELO.—Pues vaya usía esta noche, como tiene pensado, a casa de Paca la del Bar a gastarse esas trescientas pesetas y verá usía qué auto le dicta la jueza al escribano. Luego usía le dirá a ella que ha estado de guardia, y ella le dirá a usía que aprovechó para ir a casa de esa tía Benita con la que usía no quiere tratarse.

SANMIGUEL.—(*Como loco.*) (¡Lo sabe todo!) (*A Monje.*) ¿Quién es este hombre? ¡Pronto!

MONJE.—(*Débilmente.*) Fortián, señor juez.

SANMIGUEL.—¡Mientes!... ¡A ver, que venga en seguida alguien que conozca personalmente a Fortián Oraz!

MONJE.—(*Temeroso.*) No hay aquí ahora ninguno...

SANMIGUEL.—Alguien de su familia.

MONJE.—Los asesinó a todos hace años. Fué una de sus primeras hazañas.

SATANELO.—¡Falso! Tiene una hija.

TODOS.—¿Eh?

P. RODRÍGUEZ.—¿Quién eres que conoces ese secreto?

SATANELO.—¿Lo sabes tú también?

P. RODRÍGUEZ.—Sí. Tiene una hija, y es ella la que me ha obligado a aceptar la defensa de su padre. Ella, la criatura más santa y más infortunada de la tierra... Una mujer toda virtud que diariamente ofrece su vida por la redención de su padre. Gloria es su nombre y muy cerca de aquí vive.

SATANELO.—(*Mordiéndole las palabras.*) ¡Gloria, sí!... ¡Me deslumbra, me vence, me domina, me destruye!...

SANMIGUEL.—¿Dice usted que vive cerca?

P. RODRÍGUEZ.—Es enfermera del sanatorio de Lozano. De no estar en él, estará al lado, en su casa. Vive con Martirio, la dueña de la taberna del Ronco.

MONJE.—Si quiere el señor que me llegue en su busca.

SANMIGUEL.—¿Para que no la encuentres? No; no me ffo de

ti ni de nadie. Yo mismo haré las indagaciones. ¡Se trata de mi honra!

MONASTERIO.—¡Señor juez!...

SANMIGUEL.—¡Nadie se mueva de aquí! (Vase.)

LEONCIO.—(Aparte a Monje, asustado.) ¡Monje!...

MONJE.—(Idem.) ¡Malo, Leoncio!...

LEONCIO.—(Medrosísimo.) ¡Este tío va a ser el diablo! ¡Y yo le he pegado!

MONJE.—¡Calla!

LEONCIO.—(¡Así me hubieran cortado las dos patas!)

MONASTERIO.—(Que ha seguido a Sanmiguel con la vista, dice amenazador a Satanelo cuando aquél desaparece.) ¡Eres un enredador miserable! Alguno de éstos te ha contado lo de la carta...

MONJE.—(Medroso.) ¡No!

LEONCIO.—(Idem.) ¡Yo no!...

SATANELO.—¡Ay, si yo estuviera seguro de encontrar pronto el botón de Satanás! ¡Cuántas cosas interesantes descubriría!... Pero debo proceder con cautela. Si he de vivir aquí varios años me conviene saber lo que sé de cada uno y callarlo para utilizarlo en su día a mi favor.

MONASTERIO.—Calla; no nos engañan tus argucias.

SATANELO.—(A Rodríguez.) ¡Tampoco tú crees que soy nieto de Satán?

P. RODRÍGUEZ.—Hijo, he conocido a tantos que no lo eran, pero que debían serlo... Lo que empiezo a dudar es que seas Fortián. El no hubiera descubierto a nadie la existencia de su hija. Me inclino a creer que eres uno de sus cómplices que te has prestado a sustituirlo, o que has venido en su ayuda y él te la jugado de puño, que de eso y de mucho más es capaz nuestro hombre. (Enciende un cigarrillo.)

SATANELO.—(Estremeciéndose y retorciéndose.) ¡¡Aúúúú!...

P. RODRÍGUEZ.—¿Qué te pasa?

SATANELO.—Que me estoy fijando en ti y noto en tu cara no sé qué rasgos que me hacen estremecer. ¿De dónde eres, Rodríguez?

P. RODRÍGUEZ.—De Almería.

SATANELO.—(Como antes.) ¡¡Sería horrendo!!

P. RODRÍGUEZ.—¿Qué?

SATANELO.—¿Desciendes, por desgracia, de don Seraffín Rodríguez Laiglesia?

P. RODRÍGUEZ.—Fué mi abuelo.

SATANELO.—(Como loco.) ¡Aúúú!... ¡¡Aúúú!... Eres mi sobrino. (Ríen todos.)

P. RODRÍGUEZ.—Hijo mío, o eres muy listo o estás como una cabra.



SATANELO.—No estoy loco, no: soy tu tío, negro. Tu abuelo fué mi padre. Aquel Rodríguez recaudador de contribuciones y de cédulas que oía misa diariamente y se golpeaba el esternón con un breviario, era el hipócrita más grande de la creación. El fué quien robó al Banco Alemán, y quien degolló al lotero de Murcia, y quien quemó la joyería de Camargo, delitos que quedaron impunes. Y no murió a resultas de un accidente, como creyeron. Se suicidó arrojándose a un pozo porque vió en su fondo a Satanela, la hija de Satán, con quien se casó en el Infierno, y de cuya unión soy el hijo cuartogénito.

P. RODRÍGUEZ.—¿Entonces tengo tres tíos más? (*Risas.*)

SATANELO.—(*Retorciéndose.*) ¡No te rías, negro, que me desesperas!

P. RODRÍGUEZ.—¡Vamos, tito, calma, calma por Dios!

SATANELO.—¡¡Aúúú!... (*Rumor de voces dentro.*)

MONJE.—Ya vuelve el señor juez.

P. RODRÍGUEZ.—Y viene con ella.

SATANELO.—¡Por fin!

MONJE.—(*A Leoncio.*) Estamos perdidos.

P. RODRÍGUEZ.—¡Pobre muchacha! Imposible parece que de tanta podredumbre haya brotado una rosa tan fragante.

SATANELO.—Eres cursi, sobrino.

P. RODRÍGUEZ.—¡Silencio!

(*SANMIGUEL entra seguido de GLORIA y MARTIRIO.*)

SANMIGUEL.—Cuidado...

(*Al aparecer Gloria se inunda la escena de luz blanca.*)

SATANELO.—(Aun no la han visto mis ojos y ya mi espíritu se siente deslumbrado.)

(*Gloria es una muchacha angelical que viste el blanco uniforme de las enfermeras. Martirio es una mujer como de cuarenta y cinco a cincuenta años, muy chulona.*)

MARTIRIO.—Hijo, qué profundidad; ni que el pobre Fortián fuera un topo.

SANMIGUEL.—(*Entrando en el calabozo.*) He tenido suerte: estaban las dos a la puerta de la clínica preguntando las causas del revuelo de la gente.

P. RODRÍGUEZ.—¿Sucede algo?

SANMIGUEL.—Que también corre por ahí el rumor de que Fortián ha huído.

SATANELO.—(*Muy contento.*) ¡¡Ah!!...

SANMIGUEL.—¡Veamos si es verdad, para, en tal caso, hacerle perseguir por todos los medios!

GLORIA.—(*Que está con Martirio a la puerta del calabozo.*) ¡No es él, Martirio! ¡Ha logrado escapar! ¡Dios quiera que no le persigan y que pueda ponerse a salvo!

SANMIGUEL.—Pasad, acercaos.

MARTIRIO.—(A Satanelo con la mayor naturalidad.) ¡Válgame Dios, hombre!

SATANELO.—¡Aúúúú!

MARTIRIO.—¡Jesús, hijo!

SATANELO.—¡Aúúúú! ¡¡Aúúúúú!!...

MARTIRIO.—¿Pero qué te pasa, corazón?

SANMIGUEL.—¿Ese hombre es Fortián Oraz?

MARTIRIO.—Sí, señor.

SATANELO.—(Retorciéndose.) ¿Eh? ¡Calla, bruja; no me conoces! ¡Yo no soy Fortián! ¡Mírame bien! ¡No me conoces! ¡No me conoces!...

MARTIRIO.—Hijo, ¿qué broma de Carnaval es ésta? (A Sanmiguel.) Este es Fortián, sí, señor. Me lo sé de memoria.

SATANELO.—¡Mientes!

MARTIRIO.—Me da pena de su pobre hija, pero yo digo siempre la verdad. No quiero líos con la justicia.

SATANELO.—¡Calla!

MONJE.—(Viendo el cielo abierto.) ¿Ve usted?

LEONCIO.—(Idem.) ¿Está usted viendo?

MONASTERIO.—(Idem.) Cuanto decía eran figuraciones tuyas...

SANMIGUEL.—(Dudando aún.) Sí, sí; empiezo a creer...

SATANELO.—¡Imbécil!... Esa mujer miente para dar tiempo a Fortián de ponerse en salvo. Ahí está su hija; pregúntale a ella. Ella no ha mentado jamás. La mentira no cabe en su alma. Yo no he de replicar a lo que ella diga; pero, anda, que diga ella si soy su padre o no.

SANMIGUEL.—Los hijos no están obligados a declarar...

SATANELO.—¡Cobarde! No te atreves a preguntarle porque dudas, porque temes a su respuesta, porque eres un acomodaticio sin dignidad ni honor.

SANMIGUEL.—(Amenazador.) ¡Callarás!

SATANELO.—Pero yo mismo he de preguntarle. Acércate, mujer. Mírame... (Gloria pausadamente se acerca a él y le mira.) ¡Así!... (Casi sin fuerza.) ¡Gloria!

GLORIA.—(A media voz y acariciando sus manos.) ¡Perdóname!

SATANELO.—(Como antes, cautivado, arrobado.) ¡¡Gloria!!... Ahora no me ciegas... Ahora puedo verte.

SANMIGUEL.—(A Gloria.) Es Fortián, ¿verdad?...

GLORIA.—Sí. (Todos respiran tranquilos. Rumor de populacho lejos.)

SATANELO.—(Estupefacto.) ¡¡Gloria!!...

SANMIGUEL.—Vamos de aquí. Hay que decir a todos que Fortián está en la prisión. (Inicia el mutis.)

GLORIA.—(Arrodillándose junto a Satanelo.) Perdóname otra

vez. Quiero salvar a mi padre. Quiero que se redima. ¡Tú estás salvado siempre!

SATANELO.—¡No! ¡Para mí no hay ni habrá salvación! ¡Yo soy la encarnación del mal! (*Rabioso.*) Huye de mí: contamina, mancho. Hasta cuanto miro manchan mis ojos.

GLORIA.—(*Con ternura.*) ¿Y lo dices llorando? ¿Desde cuándo manchan las lágrimas?

SANMIGUEL.—(*A Gloria desde la puerta.*) ¡Vamos!

GLORIA.—(*Levantándose para marcharse.*) ¡Gracias!

Voz.—(*Dentro sobre el rumor.*) ¡¡Muera Fortián!!

VOCES.—¡¡Muera!!... ¡¡Muera!!...

GLORIA.—(*Al hacer mutis.*) ¡Gracias!... (*Desaparece la luz blanca.*)

SATANELO.—(*Llorando de rabia y de furia.*) ¡Gloria!... ¡¡Gloria!!... (*Luz violeta en escena. Se oye una gran risotada de CORNALIA. Satanelo ruge y se retuerce en el suelo.*)

## TELON

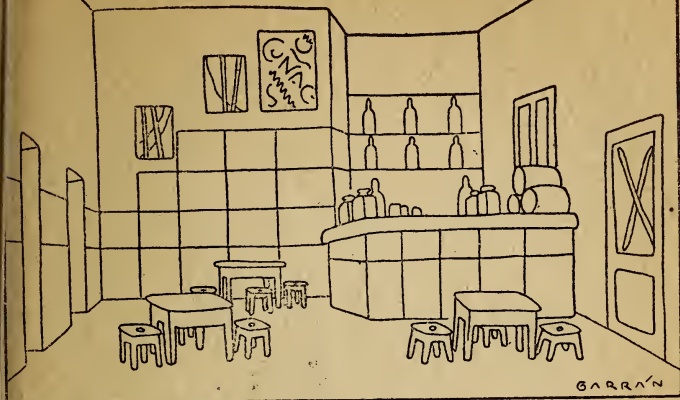


## PERSONAJES DEL ACTO SEGUNDO

---

<i>Gloria</i> ... ..	Carmen V. Palencia.
<i>Martirio</i> ... ..	Fe Malumbres.
<i>Herminia</i> ... ..	Vicenta Vallejo.
<i>Romana</i> ... ..	Marfa Angela del Olmo.
<i>Satanelo</i> ... ..	Fernando Soler.
<i>Fortián</i> ... ..	Domingo Soler.
<i>Aulo</i> ... ..	Andrés Soler.
<i>Landeiro</i> ... ..	Agustín Povedano.
<i>Zacarias</i> ... ..	Guillermo Figueras.
<i>Pimentel</i> ... ..	Julián Soler.
<i>Paco</i> ... ..	José Casín.
<i>Pirulí</i> ... ..	Enrique Jordán.

# ARTO - 2.º.



La taberna de MARTIRIO, una tasca de barrio extremo en la que todo es viejo o tiene al menos la pátina de los años. Puerta de entrada a la izquierda, primer término. En el último término de esta lateral, el escaparate. En el de foro, un poco a la derecha, la anaquelaría y el mostrador. En el lateral derecha, dos puertas que simulan conducir a restantes departamentos de la casa. Las mesas y taburetes correspondientes completan la decoración. Es de noche. Una noche tormentosa.

(Al levantarse el telón están en escena MARTIRIO, HERMINIA, ROMANA, LANDEIRO, PIMENTEL y PIRULI. Martirio, tras el mostrador, hace labor de ganchillo. Piruli, el chico de la taberna, muerto de sueño, está de pie, respaldado en la anaquelaría y dando cabezadas, no hacia adelante, sino hacia los lados, de manera que describe, penduleando, cuartos de círculo. Landeiro, de buena presencia, sentado ante una de las mesas del centro, escribe en un papel de música lo que a media voz le tararea Pimentel, un muchacho también de buen aspecto. Herminia y Romana, dos mujeres de mala catadura, sentadas en el foro ante un frasco de vino, comen algo que ellas mismas han llevado en unos papeles.)

PIMENTEL.—(Tarareando una cosa que no se parece en nada al final de la Marcha Real.) Tararala, lalá, taralalá, lalá.

LANDEIRO.—(*Dejando de escribir.*) Me faltan once compases. Todo me resulta hoy corto. Tampoco el rollo de “Los Gavilanes” me bastó para la jota de las letras.

PIMENTEL.—Querrás decir la letra de las jotas.

LANDEIRO.—No, hombre; la jota de las letras. Esa jota que cantan en el cuadro segundo los tres cobradores del Banco.

PIMENTEL.—¡Ah, sí!

LANDEIRO.—Esto que acabas de tararearme, ¿qué era, según tú?

PIMENTEL.—La Marcha Real.

LANDEIRO.—¡Qué bárbaro! ¿Qué oído tienes! Bueno, necesito más música. ¿Qué es lo último que has aprendido?

PIMENTEL.—“La Verbena de la Paloma”.

LANDEIRO.—(*Consultando sus notas.*) Espera, voy a ver qué número le conviene a este cantable. (*Leyendo.*)

Es mi amor como fuego invencible,  
como llama voraz es mi amor.

(*Midiendo y cantando las sílabas.*)

¿Dónde vas con mantón de Manila?;

¿dónde vas con vestido chiné?

Y es un fuego tan grande mi fuego.

A lucirme y a ver la verbena...

Me sirve el dúo. (*Disponiéndose a escribir.*) Venga de ahí, Pimentel.

PIMENTEL.—(*Que es el tío de peor oído que hay en el mundo, se arranca cantando a media voz una cosa que, sin tener ni una nota de “La Verbena de la Paloma”, la recuerda sin embargo.*)

¿Dónde vas con mantón de Manila?...

LANDEIRO.—(*Escribiendo.*) Despacio.

MARTIRIO.—(*Advirtiendo el sueño de Pirulí.*) ¿Ya lo pescaste, niño? Lo único que tú necesitabas era que te cantaran flamenco.

PIMENTEL.—(*Como antes.*)

¿Dónde vas con vestido chiné?...

MARTIRIO.—(¡Chavó, y qué verbena!) (*Suena un trueno lejano.*) ¡Atiza!

HERMINIA.—¡Agua!

MARTIRIO.—Pero cómo no va a tronar si está cantando este tío una verbena que la canta a la puerta de Apolo y se derriba solo el edificio. (*A Pirulí.*) ¿No has oído que han pedido agua, niño? (*Dándole un metido.*) ¡Niño, agua!

PIRULÍ.—(*Sin abrir los ojos, despezándose.*) ¡Señora, que ya l'hemos echao diez litros a ca pellejo!

MARTIRIO.—(*Despertándole de otro metido.*) ¡Pero niño!...

PIRULÍ.—¿Eh?

MARTIRIO.—¡Que han pedido agua!

PIRULÍ.—Sí, señora. (*Llenando un vaso de agua.*) Soñando estaba. ¡Y qué sueño! ¡Le había metido un “gol” al Pozuelense. ¿Pa quién era el agua?

MARTIRIO.—Pa las señoras.

PIRULÍ.—Sí, señora.

PIMENTEL.—(*Cantando peor que nunca.*)

¿...Que te fueras del brazo con él?...

LANDEIRO.—(*Sin dejar de escribir.*) ¡Qué barbaridad!

PIRULÍ.—(*A Herminia.*) El agua.

HERMINIA.—(*Que es muy chulona.*) ¡Ay, qué chusco!... Está muy bien pollo; pero, vamos, lo del agua ha sido un decir, y no un pedir.

PIRULÍ.—¿Cómo?

HERMINIA.—Que al trueno me sobrecogí, y yo cuando me sobrecujo, digo unas veces “agua” y otras “caray”, o cualquiera de sus ascendientes. De todas maneras, agradecidísima.

ROMANA.—(*Riendo.*) ¡Ja, ja, ja!

PIRULÍ.—(*Regresando a su sitio.*) ¡Y que m’haigan desperdao a mí pa esto! (*Se apoya en la anaquelera como antes, bosteza y vuelve a cabecear.*)

LANDEIRO.—(*A Pimentel.*) Repíteme eso, hombre.

PIMENTEL.—(*Regodeándose y cantando de una manera infame.*)

Y a los toros de Caraaaaabanchel...

LANDEIRO.—(*Escribiendo.*) Este número va a parecer de Strauss. (*Continúa su trabajo.*)

HERMINIA.—Mucho tarda ése.

ROMANA.—¿Crees tú que pagará bien el servicio?

HERMINIA.—¡Anda! ¡Con lo encaprichao que está! Lo que se le pida; hay que ver lo fuerte que l’ha entrao al gachó. Y ya ves que ella no l’ha dao ni tanto así de motivo. Pa mí que ni s’ha fijao en él tan siquiera.

ROMANA.—Ella está de enfermera en el sanatorio ese, ¿no?

HERMINIA.—Sí; sale de él muy tarde. Hay noches que viene después de las diez.

ROMANA.—Escúcha, ¿y vale la pena?...

HERMINIA.—¡Ya lo creo! Como bonita, lo es un rato largo.

(*ZACARIAS por la izquierda. Tiene cuarenta años y viste con elegancia.*)

ZACARIAS.—¡Buenas...!

LANDEIRO.—¡Hombre, Polanco!

PIMENTEL.—Buenas, don Zacarías.

ZACARIAS.—(*Sentándose y llamando.*) Chico, cazalla.

PIRULÍ.—Sí, señor. (*Le sirve.*)

LANDEIRO.—¿Y cómo tú por aquí? Cuenta, hombre.

ZACARIAS.—Pues nada, que te necesito y vengo a verte. Hay

grandes novedades. ¿Saben ustedes con quién me he aliado para tomar el Talía? Con Casto San Román.

LANDEIRO.—¿Ese tan gordo?

ZACARÍAS.—El mismo.

PIMENTEL.—¿Pero San Román tiene dinero?

ZACARÍAS.—Desde hace un mes tiene una renta diaria de noventa y cinco pesetas.

LANDEIRO.—¡Afloja!

ZACARÍAS.—Una martingala. Descubrió que siempre que se pesaba en esas básculas que hay por ahí las rompía. Lo hizo saber a los propietarios de las mismas, y cada uno le da una peseta diaria para que no se pese.

PIMENTEL.—¡Qué tío!

ZACARÍAS.—Ahora va a salir a provincias para ampliar el negocio.

LANDEIRO.—¡Hay cada águila!

ZACARÍAS.—Pues a las seis de la tarde nos hemos quedado con el teatro. San Román ha puesto el dinero del alquiler, y yo, todo lo demás. Verán ustedes qué compañía lírica vamos a reunir. ¡Algo grandé! ¡Y qué orquesta! ¡Y, sobre todo, qué propaganda! En prensa nos vamos a gastar un disparate. ¡Y cómo sé yo hacer las cosas! A Sacalugas y Zamorano, que son dos enemigos terribles, los tengo ya a sueldo para que me hagan los sueltos y las gacetillas.

PIMENTEL.—¿Quién corre con todos esos gastos?

ZACARÍAS.—San Román. Con todo lo que sea pagos, contratos, responsabilidades, etc., etc., San Román, y yo con todo lo demás. Le he hablado a San Román de la música tan moderna que tú haces, que tienes cautivados a los críticos musicales, y queremos que el primer estreno sea tuyo.

LANDEIRO.—Hombre, muy bien. Encantado y agradecido.

ZACARÍAS.—Claro que ya tú me entiendes, Landeiro. Ya tú sabes lo que esto significa y..., vamos, lo que hacen otros empresarios autores...

LANDEIRO.—De eso ni qué hablar, Polanco. La mitad de los derechos para ti; ¿hay algo más?

ZACARÍAS.—Sí; quiero también firmar el libro, como de costumbre.

LANDEIRO.—Desde luego. Eso lo hacen ya todos, y no creo que Pimentel tenga inconveniente.

PIMENTEL.—Al contrario, honradísimo.

ZACARÍAS.—¡Ah!, ¿pero el libro es de éste? Me alegro, hombre. Me molesta colaborar con gente nueva. Qué, ¿está ya terminado?

PIMENTEL.—Sí; luego lo verá usted.



ZACARÍAS.—De tú, hombre, de tú. Háblame de tú, “entre colaboradores”.

PIMENTEL.—A tu gusto.

ZACARÍAS.—Y dime, Pepillo, porque es que me vuelvo loco: ¿Cómo es posible que logres esos éxitos como músico, si no sabes armonía ni composición y apenas si distingues las notas?

LANDEIRO.—¿Me vas a guardar el secreto?

ZACARÍAS.—En lo más hondo.

LANDEIRO.—Pues verás. A mí me contó un hermano de mi abuelo que Wágner no había compuesto jamás ni una nota, sino que se había limitado a escribir lo que le tarareaba su secretario particular, un tal Otto Gallo, que era el tío de peor oído que había en Alemania. Wágner le decía, pongo por caso: “Oye, Otto, apréndete el “Rigoletto”. El se lo aprendía, luego se lo tarareaba; Wágner escribía lo que Otto le iba cantando, y el resultado de “Rigoletto” eran las “Walkirias”.

ZACARÍAS.—(*Riendo.*) ¡Ay, qué tío! ¡Vamos, anda! Eso no es posible.

LANDEIRO.—¿Que no? Pero si ese es el procedimiento que yo sigo, so lila.

ZACARÍAS.—¿Eh?

LANDEIRO.—Wágner hacía que Otto Gallo le cantara, como yo hago que me cante éste, que tiene un oído aquí y el otro en San Francisco de California. ¿Conoces ese minué mío científico titulado “Ecuaciones”, que tanto ha gustado a los intelectuales? Pues ese minué es el pasodoble de “La Calesera” cantado por éste.

ZACARÍAS.—¡Mi madre!

LANDEIRO.—Además he descubierto un truco, Zacarías de mi alma, que me va a permitir estrenar dos o tres óperas todos los años.

ZACARÍAS.—¿Qué dices, Landeiro?

LANDEIRO.—Mira, cojo un rollo de pianola, lo despego, lo pongo del revés, lo paso y me resulta una música, chiquillo, de lo más rara que puedes imaginarte. Algunos trozos salen feos, inarmónicos; vamos, música para técnicos; pero de cuando en cuando suenan por casualidad unás melodías divinas. Esa romanza mía de “La escarcela”, tan sentimental, tan delicada, “Manuela, Manuela, tira de escarcela...”, es “La Cirila” al revés, y mi famoso cuplé “¡Ay, qué Serapio!, ¡ay, qué Serapio!” no es más que el final de Fausto invertido.

ZACARÍAS.—¡Menudo descubrimiento! ¡Te vas a hinchar!

LANDEIRO.—¡Pchs! Cada músico tiene su martingala...

ZACARÍAS.—Bueno, y el libro de éste ¿de qué trata? Como autor de él quiero saber algún detalle por si me preguntan.

LANDEIRO.—Es un vodevil francés que Pimentel da como

suyo. Claro que puede darlo como suyo porque está muy desfigurado.

ZACARÍAS.—(A Pimentel.) ¿Lo has traducido tú?

PIMENTEL.—No; yo de francés no...; lo ha traducido Aulo Furnio.

ZACARÍAS.—¿Quién?

LANDEIRO.—¿No conoces a Aulo Furnio? Sí, hombre; un tipo escuálido, de aspecto mefistofélico, que anda por los saloncillos... Ha estado más de cuarenta años en la aduana de Behovia. Ahora le han jubilado o le han echado, que vaya usted a saber, y se gana la vida desfigurando comedias extranjeras y vendiéndolas a cien duros unas con otras. Esta se llamaba en Francia "Los maridos burlados". Nada, lo de siempre: unos cuantos maridos que hacen el ridículo en una quinta cercana a Versalles, la quinta de los Gobrines, que éste era el título que Furnio le había puesto a la obra; pero nosotros, dándole un título más español y más en consonancia con la adaptación, la queremos titular "La quinta de abono".

ZACARÍAS.—Me gusta. Lo acepto.

PIMENTEL.—(Mirando hacia la puerta de entrada.) Hombre, mira, aquí viene Aulo Furnio.

(Entra AULO en escena.)

AULO.—¡Buenas noches! (Como se ha dicho, es un hombre escuálido, de aspecto mefistofélico y de edad indefinida. Lo mismo puede tener cincuenta y cinco años que setenta y nueve. Está completamente calvo. Viste de un modo un poco raro; no en balde ha estado muchos años en Francia, y habla o no con ligero acento francés, a gusto del artista. Viene muy nervioso.)

LANDEIRO.—Buenas.

PIMENTEL.—Hola, amigo Furnio.

AULO.—Suponía que estaban ustedes aquí y vengo a suplicarles un gran favor.

LANDEIRO.—Hecho, querido Aulo. Pero siéntese. (Presentando.) Zacarías Polanco... Don Aulo Furnio... (Saludos.)

ZACARÍAS.—Tome lo que guste.

AULO.—Ahora no. No podría. Me haría daño. Acaba de ocurrirme una cosa que ¡maldita sea la...! (Crispa las manos, mira al techo y mueve los labios desesperadamente. Sus maldiciones deben ser tan terribles que no quiere que nadie las oiga.)

ZACARÍAS.—(Extrañado.) ¿Eh?

LANDEIRO.—(Idem.) ¡Caramba!...

PIMENTEL.—(Idem.) ¿Pero qué le ha sucedido?

AULO.—Que trabajando se me pasó la hora de cenar. Salí hace poco de casa con un apetito formidable, camino de Recoletos, que es donde algunas veces ceno; pero no he ido a Re-

coletos porque al llegar a la esquina del Jai-Alai salieron dos patosos y me han atracado. ¡Maldita sea la...! (*Repite el juego de antes.*)

LANDEIRO.—Sí, allí en el Frontón se come muy bien. Nos tomamos nosotros el sábado un revuelto de setas y unos chipirones a la donostiarra...

AULO.—(*Furioso.*) ¡No! ¡Pero si a mí no me han atracado de eso!

ZACARÍAS.—¿De paella quizás?

AULO.—¿De navaja en mano, la bolsa tuya o la vida que te la quito! ¡Se lo han llevado todo! (*Golpeándose los bolsillos vacíos.*) ¡Dos mil trescientas pesetas!

PIMENTEL.—¡Mi madre!

LANDEIRO.—¡Atiza!

ZACARÍAS.—¡Pero hombre!...

AULO.—(*Como antes.*) ¡Maldita sea la...!

LANDEIRO.—¡Válgame Dios! (*Aulo, al oír lo de Dios, hace una mueca trágica.*) ¡Qué contrariedad!

AULO.—Como sé que tiene usted amigos en la policía, querido maestro, le suplico que me acompañe a denunciar el atracamiento.

LANDEIRO.—Ahora mismo.

AULO.—Y además quiero otro favor.

LANDEIRO.—Hecho.

AULO.—Que diga en esta "tasca" que usted garantiza todo lo que yo coma hoy y mañana, porque hasta el otro día de mañana no he de tener dinero.

LANDEIRO.—En seguida. ¡No faltaría más! (*Levantándose.*) Oiga usted, Martirio...

MARTIRIO.—Dígame, don José.

LANDEIRO.—Hasta nuevo aviso, todo cuanto consume aquí el amigo Furnio corre de mi cuenta.

MARTIRIO.—Está muy bien. (*A Pirulí.*) Ya lo sabes, niño.

PIRULÍ.—Sí, señora.

MARTIRIO.—Fíjate bien en su cara. Fíjate, por Dios. ¿No se te borrará? (*Aulo hace una mueca de las suyas.*)

PIRULÍ.—(*Un poco asustado.*) ¡Caray!... ¡Qué se me va a borrar!

LANDEIRO.—Bien; vamos a lo de la policía.

PIMENTEL.—Vamos.

ZACARÍAS.—Acompaño a ustedes.

LANDEIRO.—(*Iniciando el mutis por la izquierda con Pimentel, Zacarías y Aulo.*) ¿Y no tiene usted idea de quiénes hayan podido ser los atracadores?

AULO.—¡Qué sé yo! Anda uno siempre entre tanta gente sospechosa... Pero, en fin, gente conocida no era.

LANDEIRO.—¡Hombre, por Dios!

ZACARÍAS.—¡Por la Virgen Santísima! (*Muecas horrendas de Aulo y mutis de los cuatro por la izquierda.*)

PIRULÍ.—(*Bostezando.*) Van a dar las diez, señora.

MARTIRIO.—Pues, hala, acuéstate. Y a ver si mañana no se te pegan las sábanas.

PIRULÍ.—¡Ah!, ¿pero m'ha puesto usted sábanas?

MARTIRIO.—Es un decir.

PIRULÍ.—¡Ya!

MARTIRIO.—¿Para qué querrás tú sábanas ni goyerías? Pa dormir no hace falta más que sueño. ¡Hala!

PIRULÍ.—Sí, señora. (*Mutis por la segunda puerta de la derecha, al mismo tiempo que entra PACO, hombre joven, de aspecto achulado, por la izquierda.*)

PACO.—Buenas... (*Al aparecer Paco la luz de la escena adquiere un tinte violeta.*)

MARTIRIO.—(¡Este tipo aquí!...)

HERMINIA.—(*A Paco, que se sienta a su lado.*) Gracias a Dios, hombre.

PACO.—(*De mal talante.*) Poca conversación quiero.

HERMINIA.—¡Pues hijo!...

PACO.—Ahí viene. Acaba de salir del sanatorio.

ROMANA.—¿Y qué?...

PACO.—(*Al ver que se acerca Martirio.*) Silencio. (*A Martirio.*) Cazalla. (*Martirio vuelve al mostrador para servir lo que le han pedido.*) Esta noche va a ser. Como ha estado de guardia la noche pasada vendrá rendida y se acostará temprano. Esas habitaciones dan al corralillo del taller, y aquí está la llave. No digo más. (*Al ver que Martirio vuelve a acercarse con el servicio.*) Cuidado.

MARTIRIO.—(*Después de dejar el servicio sobre la mesa, dirigiéndose de nuevo al mostrador.*) (¡Qué tramarán éstos!)

PACO.—Hay que entrar antes que la vieja cierre y se una a ella.

HERMINIA.—¿Pero tú has pensado?

PACO.—Yo estoy loco, Herminia. No sé qué infierno llevo dentro de mí.

HERMINIA.—Ahí la tienes.

(*GLORIA entra por la izquierda.*)

GLORIA.—Buenas noches. (*Viste con sencillez. En cuanto aparece, la luz violeta de escena se convierte en blanca.*)

HERMINIA.—Buenas noches.

ROMANA.—Buenas noches.

MARTIRIO.—(*A Gloria, que se acerca al mostrador.*) Hola, hija, ¿muy cansada?

GLORIA.—¡Pchs!

MARTIRIO.—¿Vas a acostarte?

GLORIA.—No. Tengo aún que enredar un poco por ahí dentro.

MARTIRIO.—Trabajas demasiado.

GLORIA.—¡Bah! (*Bajando la voz.*) ¿Se sabe algo nuevo, madrina?

MARTIRIO.—De tu padre, nada. Desde aquel día no ha vuelto por aquí. No sé dónde se oculta. Los periódicos suponen que está en el extranjero.

GLORIA.—No es posible. ¿Cómo iba a marcharse sin recursos? (*Un poco temerosa.*) ¿Y del otro, de su salvador?

MARTIRIO.—(*Estremeciéndose.*) ¡No me hables de él!

GLORIA.—¿Es cierto que le han puesto en libertad?

MARTIRIO.—(*Asustada, santiguándose.*) ¡Ay, no me lo digas! ¡Qué horror!

GLORIA.—No comprendo ese miedo, madrina.

MARTIRIO.—Si tú supieras lo que tu padre me contó de él el día que vino a verme...

GLORIA.—¿Qué? Dime.

MARTIRIO.—No puedo. Me hizo jurar que no te diría nada. Y lo que se le jura a Fortián hay que cumplirlo a la fuerza.

GLORIA.—Está bien; pero sea lo que sea, yo no puedo olvidar que ese hombre salvó a mi padre y que, gracias a él, tengo aún esperanzas de que se redima. ¡Dios lo haga! Bueno; voy a ver si termino pronto para poder acostarme. Hasta ahora.

MARTIRIO.—Hasta luego. (*Se va Gloria por la primera puerta de la derecha. Vuelve a lucir la luz violeta.*)

PACO.—(*Por Gloria.*) Ha de ser mía o me corto las venas.

MARTIRIO.—(*Santiguándose de nuevo.*) ¡Lo han puesto en libertad!

PACO.—(*Llamando.*) ¡Casa!...

MARTIRIO.—Va... (*Al salir del mostrador ve a FORTIÁN, que entra en escena pausadamente por la izquierda.*) ¡Fortián!... (*Se acerca a la mesa de Paco al mismo tiempo que Fortián, que viene a cuerpo y procura ocultar la cara con la visera de la gorra y una bufanda gris, se sienta, sin decir esta boca es mía, ante una de las mesas del centro.*)

PACO.—¿Qué se debe?

MARTIRIO.—Dos pesetas todo.

PACO.—(*Pagando.*) Ahí van.

HERMINIA.—Buenas.

ROMANA.—Buenas.

MARTIRIO.—(*Recogiendo el servicio.*) Vayan con Dios. (*Cuando Paco hace mutis, seguido de Herminia y Romana, vuelve a quedar la escena iluminada como a principios del acto. Fortián se quita la bufanda al ver que queda solo con Martirio.*)

FORTIÁN.—Dame de beber.

MARTIRIO.—(*Medrosa.*) ¿Cómo te atreves a estas horas?

FORTIÁN.—Tengo necesidad de hablar contigo; pero antes dame de beber.

MARTIRIO.—(*Acercándole un tarro de aguardiente y un vaso.*) Toma.

FORTIÁN.—(*Llenando el vaso.*) Echale el pestillo a la puerta. Quien quiera entrar que avise primero. (*Bebe.*)

MARTIRIO.—Espera. (*Echa el pestillo de la puerta de cristales y corre la cortinilla del escaparate.*) ¡Qué miedo, Fortián! ¡Si te cogen!...

FORTIÁN.—Nada malo me sucedería. He de vivir aún nueve años. ¡Me lo dijo él!

MARTIRIO.—(*Estremeciéndose.*) ¡El!... ¡Qué espanto, Fortián!... (*Sentándose frente a él.*) ¿Sabes que lo han soltao?

FORTIÁN.—Sí. Conocía no sé qué historias del juez, y del escribano, y del fiscal con una sobrina suya, y para que no hablase le han puesto en libertad.

MARTIRIO.—¡Qué horror!

FORTIÁN.—Aquí ha de venir.

MARTIRIO.—¡Jesús, María y José!

FORTIÁN.—Como el botón lo perdí yo ahí a la vuelta y esta taberna está en un sitio tan estratégico...

MARTIRIO.—No vendrá a eso sólo. Vendrá también a dar a tu hija las gracias por las atenciones que ha tenido con él durante su enfermedad.

FORTIÁN.—¿Eh? ¿Pero Gloria...? ¿Y tú has consentido?

MARTIRIO.—Yo no he podido evitarlo. Recuerda que me exigiste juramento de no decirle jamás quién era ese Rodríguez. Ella, creyéndole tu salvador, cuando cayó con la bronconeumonía, le mandó dos mantas y le costeó una alimentación especial.

FORTIÁN.—¡Tiene gracia! ¡El demonio con la gripe! ¡Claro, desposeído de repente del calor infernal!...

MARTIRIO.—Ha estado gravísimo. Unas fiebres que partían los termómetros. Un día llegó a setenta grados. Por la cárcel desfilaron más de cien médicos y todos se hacían cruces...

FORTIÁN.—Lo que aullaría.

MARTIRIO.—¡Dicen que eran unos delirios!... Se pasaba las noches gritando: "¡A ver ese ex ministro que se sale de la caldera!... ¡Cuidado con aquel que fué delegado gubernativo! ¡Quitad a ese torero, que se atreve conmigo porque soy mocho!" ¡Qué miedo, Fortián!

FORTIÁN.—Es preciso que Gloria siga ignorando que Satanelo es... quien es. El saber que un diablo ha venido a visitarme y a proporcionarme lo que Rodríguez me ha propuesto, le causaría la mayor de las penas. Además, y esto es lo que

me trae aquí principalmente, hay que librarla de él. Satanelo la odia con todas sus fuerzas.

MARTIRIO.—(Aterrada.) ¿Es de veras?

FORTIÁN.—Sí; la bondad, la virtud, la pureza de Gloria excita su furia y no piensa más que en perderla.

MARTIRIO.—¡Jesús!

FORTIÁN.—¡Ay, si yo pudiera quedarme aquí, al lado de ustedes! Pero no es posible. Para bien de todos debo huir en seguida. Todo lo tengo ya preparado. Me faltaba dinero, pero hace un instante hemos dado un buen golpe: dos mil trescientas pesetas. (A un gesto de Martirio.) Y sin sangre. No me gusta ya eso.

MARTIRIO.—(Extrañadísima.) ¿Eh?

FORTIÁN.—He cambiado mucho desde que escapé de la prisión. No parece sino que dejé en ella todos mis instintos sanguinarios.

MARTIRIO.—¡Qué alegrón le darías a Gloria si eso fuera verdad!

FORTIÁN.—¿Está de guardia esta noche?

MARTIRIO.—No; está ahí; ¿la llamo?

FORTIÁN.—Sí. (Ruido en la puerta de entrada.) Espera. Hay quien desea entrar. Abre. No me conviene que sospechen...

MARTIRIO.—(Abriendo la puerta y disculpándose.) Por causa del aire hay que cerrar...

(Entra AULO.)

AULO.—¡Está la noche de un frío!...

FORTIÁN.—(Quitándose la gorra disimuladamente.) (¡Mi víctima!) (Con cierto disimulo se pone la bufanda a guisa de faja.)

AULO.—(Sentándose ante otra de las mesas del centro, frente a Fortián.) Soy el amigo del señor Landeiro...

MARTIRIO.—Sí, señor. Usted me dirá lo que desea tomar.

AULO.—Fiambres y un poco de vino.

MARTIRIO.—Perfectamente. (Se dirige al mostrador para preparar lo pedido.)

AULO.—Ahora vendrá el señor Landeiro. Ha quedado con el comisario de policía...

MARTIRIO.—¿Le ha ocurrido algo?

AULO.—A él, no; a mí. Me han robado hace un rato dos mil trescientas pesetas. ¡Maldita sea la...! (Repite lo de antes.)

MARTIRIO.—(Temblosa.) ¡Válgame Dios!... (Mueca de Aulo.)

AULO.—¡Dos canallas!... Uno de ellos, el que me robó, llevaba una bufanda gris y una gorra de gran visera. ¡Oh! No pude verle la cara; pero le vi una cicatriz que tenía en la mano derecha, y dice el comisario que ese miserable de la

cicatriz es un tal Fortián a quien buscan por todas partes, y ahora mismo, con este motivo, van a poner en movimiento a toda la policía.

MARTIRIO.—(Azoradísima, presentándole un plato con fiambres y un pan.) ¿Querrá usted también un poco de ternera?

AULO.—¡Oh! Sí.

MARTIRIO.—Tengo en el escaparate. (Se acerca al escaparate y toma de él un plato con un trozo de carne.)

FORTIÁN.—(Llamando de una palmada.) A ver.

MARTIRIO.—Ahora le traeré el vino.

AULO.—Gracias.

MARTIRIO.—(Acercándose a Fortián.) Usted me dirá...

FORTIÁN.—(Arrojando un duro sobre la mesa.) Cobre. (Mientras Martirio, nerviosa, busca la vuelta en su faltriquera, le dice bajando la voz.) Di a Gloria lo que sucedé. Vendré luego a despedirme de ella. Estaré en el garaje Universo. El portero de noche es de los míos. (Iniciando el mutis con la mayor naturalidad.) Buenas...

MARTIRIO.—¡Buenas noches!... (Cuando Fortián desaparece por la puerta de la izquierda suspira a sus anchas.) ¡Qué susto he pasado! Y dice bien: no es el mismo de antes. En otra época hubiera matado a este pobre hombre.) (Presentando a Aulo un tarro de vino y un vaso.) Aquí tiene el vino.

AULO.—Gracias.

MARTIRIO.—Voy a la cocina, que tengo unas cosillas a la lumbre. Si necesita algo, dé una palmada.

AULO.—Perfectamente.

MARTIRIO.—(Haciendo mutis por la primera puerta de la derecha.) (Contaré a Gloria lo que sucede.) (Mutis.)

AULO.—(Comiendo.) ¡Que me hayan atracado a mí! (Con la boca llena.) ¡A mí!

(Se abre la puerta de la izquierda y, pausada y un poco temerosamente, entra en escena SATANELO. Viene pálido, macilento, triste; la ropa ha perdido también su flamancia. No trae abrigo. Se presenta con el ala del sombrero muy echada a la cara, el cuello de la americana subido y las manos en los bolsillos del pantalón.)

SATANELO.—(Desalentado.) ¡No está! Sólo ella tendrá compasión de mí. La odio, pero la necesito.)

AULO.—(Escamado y mirándole de reojo.) ¿Eh?

SATANELO.—Tengo hambre. ¿Pero cómo lograr?... (Fijándose en Aulo.) ¿Eh? ¿Esa cara?... ¡Sí! ¡¡Es él!... (A Aulo misteriosamente y con voz cavernosa.) Tresapio.

AULO.—(Tembloroso, dejando caer el cubierto y levantándose de un salto.) ¡Mientes! (Coge el cuchillo, dispuesto a aco-meterle.)



SATANELO.—(*Imperiosamente, sujetándole.*) ¡Quieto, Tresapio! Hijo de Gambardina, nieto de Luzbel.

AULO.—(*Fascinado, soltando el cuchillo.*) ¿Quién eres que así me hablas?

SATANELO.—Un pobre capicuano como tú. Satanelo Rodríguez.

AULO.—¿Tú? ¿Tú un hijo de Satanela la golfa?

SATANELO.—Sí.

AULO.—(*A media voz con cierta emoción.*) ¡Hermano en el Averno!

SATANELO.—¡Hermano! (*Cariñosamente se ponen las manos sobre los hombros y se dan con las frentes unas blandas topaditas.*)

AULO.—¿Desde cuándo estás perdido en la tierra?

SATANELO.—Desde hace poco más de un mes. Me robaron el amuleto; un botón hecho de un cuerno de Satanás...

AULO.—¡Infeliz!... Las que te quedan que pasar...

SATANELO.—Ya las estoy pasando. ¡Tengo hambre!

AULO.—(*Ofreciéndole su mismo plato.*) Come. Afortunadamente para ti no has dado con un hombre, sino con un demonio.

SATANELO.—Gracias. (*Comienza a devorar.*)

AULO.—¡Ya, ya verás lo que es bueno! Setenta años llevo yo a brazo partido con la desgracia. ¡Qué espanto! (*Bajando la voz.*) Esto sí que es el Infierno, Satanelo. ¡Mujer, cuñada y once niños en una guardilla de nueve duros y teniendo que vivir de la literatura. En el Infierno se está cien veces mejor que aquí, Satanelo. Aquí te roban y tienes que callar; te exprimen y tienes que aguantarte; te engañan y tienes que fingir que lo ignoras. La gente es allí más noble y menos egoísta. Allá, cuando Satán y Luzbel quieren pelea se buscan y se atizan; no mandan a los demás que se peguen por ellos. Aquí en el mundo es un asco. Cuando los de arriba por competencias comerciales quieren lucha, son los de abajo los que combaten por ellos. ¡Una gentuza! Aquí los diablos no tenemos nada que aprender, como no sean triquiñuelas y maldades... (*Crispando los puños y mirando amenazador a la puerta de la izquierda.*) ¡Ciudades del mundo, pobladas de mujeres que engañan y de hombres que traicionan; el verdadero Infierno está aquí! ¡Maldita sea la...! (*Dice, sin decir, más blasfemias que nunca.*)

SATANELO.—¡Sí que me estás dando la cena, Tresapio!

AULO.—Llámame Aulo Furnio, que es mi nombre terreno.

SATANELO.—Como quieras. Yo no pongo en duda lo que acabas de decirme sobre la maldad de los mortales, porque allá bajo no cabe ya ni una rata. Precisamente mi venida a la tierra tenía por objeto el reclutar diablos de complemento.

(A un gesto de Aulo.) Sí. Han concedido nuevos locales para la ampliación del Infierno, y hacen falta porteros, vigilantes, atizadores, etc., etc...

AULO.—(Desesperado.) ¡Y que haya yo perdido mi pelo!

SATANELO.—¿Cómo lo perdiste?

AULO.—De la manera más idiota. Era un pelo del rabo de Luzbel, un pelo gordo, y yo lo llevaba de pulsera con un abrochador de platino, que no le venía al pelo porque le estaba un poquito ancho y se soltaba. Una noche en París, en el "Foli", invité a champagne a Pepita Tejera, una cantadora de flamenco a quien yo había tentado varias veces siendo demonio, y que sin duda por eso se hacía llamar "La reina de los tientos"; a la Tejera le chocó mi pulserita desde el primer instante; me preguntó que de qué estaba hecha; yo le dije que de un pelo de elefante y que la usaba porque me daba buena fortuna; nos emborrachamos, perdí la noción de la vida y cuando volví a ella la pulsera había desaparecido.

SATANELO.—¿Y no has podido averiguar?

AULO.—Nada. Aun no sé si perdí el pelo porque se me cayó o porque me lo cortó la Tejera. ¡Maldita sea la...! (Frasea como siempre.)

SATANELO.—En lo del robo de mi botón ha sido tu tía Cornalia la inspiradora. Para vengarse de mí hizo que un miserable, a quien visité en el calabozo de la prisión donde se hallaba, me arrancase el amuleto y huyese con él. Al huir se le cayó en una casa contigua, y, en opinión de la misma Cornalia, está perdido para siempre.

AULO.—¿Una casa contigua? ¿En qué prisión estaba ese hombre, Satanelo?

SATANELO.—En una prisión militar, no lejos de aquí. La casa contigua es un asilo de niños enfermos... (Crispa las manos.)

AULO.—¡Niños enfermos!... No es extraño que Cornalia opinara de ese modo. El resplandor de los niños enfermos deslumbra y ciega. Pero nosotros somos ahora hombres solamente y podremos entrar allí sin deslumbrarnos.

SATANELO.—Por eso, mi proyecto es entrar y buscar.

AULO.—Y el mío también.

SATANELO.—(Sobre aviso.) ¿Eh?

AULO.—Sí, Satanelo; te hablaré con lealtad. No quiero parecerme a los mortales. Si logro encontrar tu botón, me lo apropiaré y recobraré mi condición de diablo.

SATANELO.—¿Serás capaz?

AULO.—¿De todo! De algún tiempo a esta parte arrastro la más miserable de las existencias. Tú no tienes idea de lo que es vivir de la literatura. Yo escogí el ambiente teatral porque me pareció que era el más endemoniado de todos; pero ha

llegado a cansarme. ¡Me pueden! Estoy harto de esta vida, Satanelo. Son muchos años y, además, es mucha familia: mujer, cuñada y once niños.

SATANELO.—¡Once! ¿Todos de esta mujer?

AULO.—No; pero si los niños no son míos. A nosotros nos está vedado tener sucesión en la tierra. Los niños son de las distintas esposas que he tenido en Francia. Me los han ido dejando... Es una gran cosa el divorcio. ¡Y qué niños, Satanelo! Uno de ellos ha entrado en el Seminario. (*Deteniéndose.*) ¡Aúúúú!

SATANELO.—(*Aullando también.*) ¡Aúúúú! No me hables de eso. Yo tengo un sobrino negro. (*Se estremecen los dos y se re-tuercen.*) De su casa vengo ahora, y me ha echado de la peor de las maneras. Mal porvenir se me presenta en la tierra, Aulo Furnio.

AULO.—No digas eso. Tú puedes medrar aquí muy fácilmente. Has trabajado como diablo en toda esta región. Conoces los secretos y los pecados de mucha gente, y si te dedicas a explotarlos...

SATANELO.—¿Sabría hacerlo? Temo que me falten el aplomo y la sangre fría necesarios. ¡Si tú quisieras aliarte conmigo!

AULO.—Desde ahora mismo. Hecho. Mira, hagamos un trato. El que de los dos encuentre el botón, para él; pero entretanto trabajamos juntos. ¡Ay, si yo tuviera unos miles de duros que me sirvieran de base! ¿No sabes tú quién podría...?

SATANELO.—Aguarda, que yo sé donde hay enterrados ciento sesenta mil...

AULO.—(*Saltando.*) ¿Qué?

SATANELO.—Fué uno de mis últimos trabajos. Mira...

AULO.—(*Al ver a MARTIRIO que entra en escena.*) ¡Baja la voz! (*Continúa charlando en voz baja.*)

MARTIRIO.—(*Muy satisfecha.*) (Lo contenta que se ha puesto al saber que es su padre...) (*Advirtiendo la presencia de Satanelo.*) ¿Eh? (*Al verle la cara.*) ¡Jesús! ¡¡El!... (*Rezando temblorosa y acercándose al mostrador.*) ¡Padre nuestro, que estás en el cielo; santificado sea el tu reino!... ¡Ay, que se m'ha olvidao! ¡Dios te salve, Reina y Madre, a Ti suspiramos gimiendo y llorando los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte!... ¡Ay, que no lo sé! (*Apuradísima.*)

AULO.—(*A Satanelo.*) Sí, hombre, facilísimo; con esa base el mundo va a ser nuestro. Ya verás...

SATANELO.—Además que... (*Continúa hablándole en voz baja.*)

MARTIRIO.—(*Indecisa.*) No, a Gloria no le digo nada. Ella no sabe quién es y querría... Avisaré a Fortián. A cuerpo me voy. ¡Si yo supierairme sin que él reparase en mí!... (*Muy medrosa, y procurando que sus pasos no sean advertidos, se*

*dirige hacia la izquierda rezando.*) Santa María, ora pro nobis; Santa Máter Cristi, ora pro nobis...

SATANELO.—(*Sujetándola por las faldas.*) ¡Hola, hola!...

MARTIRIO.—(*Deteniéndose más muerta que viva.*) ¡Ay!

SATANELO.—¿Qué, dirá usted también ahora que soy el padre de Gloria?

MARTIRIO.—Perdón. ¡Yo no digo nada! Déjeme usted salir.

SATANELO.—¡Por mí!...

MARTIRIO.—Es que... una amiga mía se ha puesto mala. Dió a luz el domingo, se ha enfriado y... ha cogido un pelo.

SATANELO.—¿Un qué?

MARTIRIO.—Un pelo.

AULO.—¿Pero un pelo de quién?

MARTIRIO.—¡Del demonio!

AULO.

SATANELO. } ¡¡Señora!!...

MARTIRIO.—(*Asustada.*) ¡Jesús, María y José! (*Mutis. Mueca horrible de Aulo.*)

SATANELO.—(*Aullando a media voz.*) ¡Aúúúúú!

AULO.—Hay que contenerse, Satanelo. No hay que aullar al oír cualquier nombre enemigo. ¡Hipocresía y disimulo! En este país, donde hay tantísimo demonio, puedes decirlo todo menos que eres diablo. Si descubres que eres nieto de Satanás no habrá negocio ni salvación posible. Y ahora te dejo; precisa que me ocupe en seguida de la busca y captura de esas pesetas. Quiero que mañana mismo, y perfectamente equipado, te instales en el mejor de los hoteles. Verás qué plan tan amplio el mío. Aguárdame aquí, sea como sea, ¿eh?

SATANELO.—Perfectamente.

AULO.—Hasta luego. Y ya sabes: ni aullidos ni estremecimientos. Acostúmbrate, como yo, a oír y aun a pronunciar los nombres enemigos sin que se te note alteración de ninguna clase.

SATANELO.—(*Asombrado.*) ¿Pero tú los pronuncias?

AULO.—Sí; óyelo. (*Haciendo desde la puerta de la izquierda una mueca horrenda.*) ¡Adiós!... (*Vase.*)

SATANELO.—(*Intentando decir adiós y saliéndole al final como un aullido.*) Adi... uuu... ¡Adi... uuuu! No puedo todavía. (*Sirviéndose un nuevo vaso de vino.*) El encuentro con Tresa-pio me ha llenado de optimismo. Además, el vinillo me ha confortado. No necesito ya tanto abrigo. (*Se saca de cada antebrazo un rollo de papel y del pecho un periódico. Luz violeta en escena y pronunciadísima en la primera de la derecha.*) ¿Eh? ¿Qué es esto? Algún peligro me amenaza. Siento un no sé qué extraño a mi alrededor...

GLORIA.—(*Dentro, gritando.*) ¡Favor! ¡A mí!

SATANELO.—¿Eh?

GLORIA.—(*Como antes angustiada.*) ¡Madrina!... ¡Favor!...

SATANELO.—¡Ella! ¡Es ella!... (*Vase precipitadamente por la primera puerta de la derecha. Se oyen dentro voces y ruidos de personas que luchan.*)

PACO.—(*Dentro.*) ¡Suéltame!

SATANELO.—¡Miserable!... (*Entra en escena trayendo a PACO fuertemente sujeto.*)

PACO.—(*Pugnando en vano por zafarse.*) ¡Que me sueltes te digo!

SATANELO.—¿Sin estrangularte?

GLORIA.—(*Apareciendo en la puerta de la derecha.*) ¡Suéltale! No le hagas mal. Yo le perdono.

SATANELO.—¿Pero...?

GLORIA.—No te comprometas por mi causa.

SATANELO.—(*Soltándole y tirándole de un empujón.*) A ella tienes que agradecérselo.

PACO.—(*Desde la puerta de la izquierda.*) ¡Sabrás de mí!

SATANELO.—Tú de mí, no. No sabes hacer bien las cosas. Te desprecio. ¡Vete!

PACO.—(*Jurando.*) ¡Te juro por éstas que son cruces!...

SATANELO.—(*Furioso, cogiendo algo para tirárselo.*) ¡Vete! (*Mutis rápido de Paco. Pausa.*) Cornalia ha sido derrotada otra vez. Esto ha sido obra suya. Pero ¿qué me importa a mí esta mujer? (*Preocupado se deja caer en un asiento y apoya la cabeza entre las manos.*)

GLORIA.—(*Tras una pausa.*) Esta vez me ha tocado a mí.

SATANELO.—(*Encogiéndose de hombros.*) No sé lo que quieres decirme.

GLORIA.—Que acabas de salvarme la vida.

SATANELO.—¿Era acaso tu vida lo que él buscaba?

GLORIA.—No, pero se hubiera encontrado con ella. Antes que sucumbir a sus deseos me hubiera dejado matar.

SATANELO.—(*Asombrado.*) ¿Es de veras?

GLORIA.—¿Tienes algún motivo para dudarlo?

SATANELO.—No; al contrario. Me consta que sabes vencer al espíritu del mal y a los hombres inspirados por él.

GLORIA.—(*Extrañadísima.*) ¿Qué?

SATANELO.—¿De qué eres, mujer? ¿De qué estás hecha?

GLORIA.—De lo que estaba hecha tu madre cuando tú naciste.

SATANELO.—No, mi madre no es como tú.

GLORIA.—Pena me da entonces de ti.

SATANELO.—(*Furioso.*) ¿Pena? ¿Tan bajo he caído que lo que

inspiro ya es eso? No; calla... Te quiero inspirar terror, odio, pero pena, jamás. ¿Lo oyes bien? ¡Jamás!

GLORIA.—No te enfades, hombre; me expliqué mal. Tú no me inspiras compasión, ni terror, ni mucho menos odio; es admiración y gratitud lo que me inspiras. Salvaste a mi padre y me has salvado a mí; ¿qué otra cosa puedes inspirarme? Por malo que seas para los demás, por terror que te tengan tus víctimas, por odio que te profesen tus enemigos, en mí es gratitud y afecto lo que despiertas; una gratitud y afecto tan grandes, que si para lograr tu bien fuera necesaria la sangre de mis venas, la daría con gusto gota a gota.

SATANELO.—(*Como aturdido.*) Me hablas en un lenguaje que desconozco.

GLORIA.—Tú me has preguntado antes: “¿De qué eres, mujer, que vences el espíritu del mal?” Y yo te pregunto a ti: ¿Quién eres, hombre, que así me atraes? ¿Qué mano misteriosa te ha puesto en mi camino? Nada sé de ti, y, sin embargo, creo saberlo todo.

SATANELO.—¿Eh?

GLORIA.—Pregunté a mi padre: ¿Quién te salvó? Y él, que no tiembla nunca, me respondió temblando: “No me lo preguntes. No quieras saber de él; no merece tu recuerdo. Es el peor de tus enemigos; desea tu mal y sueña con tu perdición.” Y sin embargo, eres tú quien me salva. ¿A qué habías venido ahora? ¿Qué hacías aquí? ¿Pensaste, acaso, en mí, al verte abandonado y solo? ¿Qué eres? ¿Quién eres? ¿Por qué me dijiste aquel día que manchabas al mirar y que para ti no había redención? ¿Por qué me salvas si eres mi enemigo? ¿Por qué si debo librarme de ti me atraes de ese modo?

SATANELO.—¡Calla, calla! ¿Qué sabes tú? ¡Si supieras mi nombre!...

GLORIA.—¿Tu nombre? ¿Qué importa el nombre ni para hacer el bien ni para recibirlo? ¿De cuándo acá ha importado el nombre para ejercer la caridad ni para sentir el amor?

SATANELO.—(*Admirado.*) ¡Caridad! ¡Amor! No comprendo. Explícame, explícame lo que es el amor.

GLORIA.—¿Yo? ¡Infeliz de mí!

SATANELO.—(*Ansiosa, lujuriosamente.*) ¿El amor es el ansia de poseer la mujer que nos cautiva?

GLORIA.—No; eso es deseo simplemente. Amor es lo contrario. Es renunciar al propio deseo cuando la renuncia implica el bien de la persona amada y es experimentar un goce en el sacrificio de la renunciación.

SATANELO.—(*Angustiado.*) ¡No cabe eso en mí!... Y entonces no es amor lo que yo siento, ¿verdad? (*Sujetándola.*) Porque lo que yo siento es ansia de ti, anhelo de ti, hambre de ti,

de tu cuerpo, de tus caricias, y con amor o sin amor has de ser mía.

GLORIA.—(*Juntando sus manos y elevando sus ojos.*) ¡Virgen Santa! ¡Quién me libra ahora de él!... ¡Y de mí misma! (*Luz blanca intensísima alrededor de Gloria. El teatro todo queda a oscuras y solamente la figura de Gloria brilla como un ascua.*)

SATANELO.—(*Deslumbrado, retrocediendo.*) ¿Dónde estás, mujer? ¡No te veo! ¡Me ciega tu luz! ¡Háblame!

GLORIA.—(*Como antes.*) ¡Madre mía!...

SATANELO.—¿Dónde estás? ¡Eres toda luz y deslumbras!

GLORIA.—Tampoco yo te veo a ti. Eres como una negrura espesa donde no penetra mi mirada. ¿Quién eres?

SATANELO.—Quien no puede aspirar a ti; quien quisiera amarte, pero no te puede amar porque le ciegan tu pureza y tu virtud. No te veo.

GLORIA.—Ni yo a ti. ¿Pero me sientes?

SATANELO.—¡Sí!

GLORIA.—Entonces aguarda, ten fe; el amor no ve, siente. Por mucha luz y por mucha sombra hemos cegado los dos; pero los dos sentimos... ¡Nos sentimos!... Espera, aguarda... Del caos, que era todo luz y todo sombra, brotaron los mundos, y la vida, y el amor.

SATANELO.—¡Gloria!...

(*Aparece FORTIAN por la puerta de la izquierda. Viene con MARTIRIO.*)

FORTIÁN.—¡Gloria! (*Vuelve la luz a su normalidad.*)

GLORIA.—¡Padre!

SATANELO.—¡Fortián!

FORTIÁN.—¡Apártate de él!

MARTIRIO.—¡Huye de él!

FORTIÁN.—¡Es un enviado de Satanás!

GLORIA.—¿Eh?... ¿Tú?... ¿Tú?...

SATANELO.—(*Cayendo de rodillas ante ella.*) ¡Gloria!... ¡Compadécete de mí! ¡Ahora quiero tu compasión!... ¡La quiero!...

GLORIA.—(*Acariciándole.*) ¡Pobre!... (*Llorando.*) ¡¡Pobre!! (*Luz violeta. Trueno cercano.*)

SATANELO.—(*Temeroso.*) ¡Gloria!

CORNALIA.—(*Voz.*) ¡Miserable!

SATANELO.—¡Déjame, Cornalia! ¡Vete! ¡Vete! (*Oae Satanelo como derribado por un empujón formidable. Ruedan mesas y bancos. Caen del mostrador las botellas y los vasos, en medio de un gran estrépito. Terror en todos.*)

TELON

## PERSONAJES DEL ACTO TERCERO

---

<i>Gloria</i> ...	Carmen V. Palencia.
<i>Martirio</i> ...	Fe Malumbres.
<i>Cornalia</i> ...	Sagra del Río.
<i>Marquesa</i> ...	Matilde Armisen.
<i>Condesa</i> ...	Elena Cózar.
<i>Purita</i> ...	María Jordán.
<i>Berta</i> ...	Joaquina Benito.
<i>Satanelo</i> ...	Fernando Soler.
<i>Fortián</i> ...	Domingo Soler.
<i>Aulo</i> ...	Andrés Soler.
<i>Zacarías</i> ...	Guillermo Figueras.
<i>Pimentel</i> ...	Julián Soler.
<i>Landeiro</i> ...	Agustín Povedano.
<i>Rico</i> ...	Antonio Monsell.
<i>Tragó</i> ...	Rafael Benítez.
<i>Isaac</i> ...	Alberto Castillo.
<i>Ministro</i> ...	José Jordán.





Un despacho lujosísimo en el suntuoso palacio de SATANELO. Mesa y librerías en el lateral derecha. En el primer término de este lateral, una puerta no muy grande. En el foro, y con acceso al jardín, una terraza con cristaleras. En el lateral izquierda, dos grandes puertas que conducen a los salones, iluminadísimos. Ambas puertas, de par en par.

(No hay nadie en escena al levantarse el telón. Suena dentro un aplauso y, tras una breve pausa, entran por la primera puerta de la izquierda la CONDESA DE SERDELLA, señora de buen ver, y SATANELO. Vienen del brazo: Satanelo, de frac, y la condesa, vestidísima, valga la frase.)

CONDESA.—Es una fiesta admirable, marqués; puede usted estar satisfecho. Yo estoy verdaderamente encantada.

SATANELO.—(Bajando un poco la voz.) Qué, ¿ha hecho usted ya su acopio de cucharillas?

CONDESA.—(Demudada.) ¿Eh?...

SATANELO.—(Como antes.) ¿Ha cogido usted ya las cuatro de costumbre?...

CONDESA.—(Temblorosa.) ¿Pero qué dice usted?...

SATANELO.—Conozco la manía de usted, querida condesa. Sé que en un armario de roble que tiene en su tocador guarda

diez y nueve mil cucharillas de plata. (*Sosteniendo a la condesa, que medio se desvanece.*) ¡Bah! No tiene por qué inmutarse. Ni la critico ni la censuro. ¿Quién no tiene alguna debilidad?... Nadie sabrá nunca nada por mí...

CONDESA.—(*Secándose el sudor.*) Es usted el colmo de la discreción y de la bondad.

SATANELO.—No crea que la he traído aquí para hablarle de esa minucia, que no deja de tener gracia, sino para recordarle lo que le indiqué días pasados sobre mi negocio de autobuses. Creo que puede producir grandes rendimientos...

CONDESA.—¡Oh, quién lo duda!... ¿Le quedan aún acciones?

SATANELO.—Pocas más de un centenar...

CONDESA.—Mande extender cien a mi nombre. Tendré sumo gusto en asociarme a usted...

SATANELO.—Honradísimo. Voy a tomar un apunte... (*Se acerca a la mesa y escribe.*)

CONDESA.—(*Que está inquieta, mirando hacia la izquierda.*) Me llama la marquesa de Mataloch, que está allí con Purita Cangas. Voy con el permiso de usted.

SATANELO.—¡No faltaría más!

CONDESA.—(*Haciendo mutis por la primera puerta de la izquierda.*) ¡Qué vergüenza! ¿Pero cómo sabe este hombre?... Me va a costar veinte mil duros. ¡Canalla!) (*Vase.*)

AULO.—(*De frac, por la izquierda, segunda puerta.*) Escucha.

SATANELO.—(*Dejando de escribir.*) ¿Qué hay?

AULO.—En el jardín está Martirio, la de la taberna de "El Ronco", con una carta para ti. Pretendió dejarla y marcharse, pero los criados, aleccionados por mí, la han detenido.

SATANELO.—¿Será de Fortián o de Gloria?... ¡Ojalá! Llevo más de un mes sin saber de ella, a pesar de mis esfuerzos... (*Indicándole la terraza del foro.*) Hazla entrar por esa puerta de la terraza y que me aguarde en la biblioteca.

AULO.—¿Sabe ella que Satanelo y el marqués de Rodríguez son una misma persona?

SATANELO.—No. Fortián, el único que lo sabe, no ha querido decirselo ni a ella ni a Gloria. Ignoro lo que se propone... No vayas a decirle tú...

AULO.—¡Hombre!

SATANELO.—Hazla pasar mientras yo me cerciuro de algo que me tiene preocupadísimo. Creo que Reinela Corni, la genial tiple del teatro Talía, es Cornalia.

AULO.—¿Estás loco?

SATANELO.—No sé. ¡Más valiera! Avisame cuando no haya aquí nadie. (*Se va por la segunda puerta de la izquierda.*)

AULO.—¡Lástima de muchacho!... ¡Con lo que podía llegar a ser!... Pero le falta maldad para tratar con los hombres.

(Abriendo la puerta de la terraza que da al jardín y hablando hacia el interior.) Pase usted, señora.

(Entra MARTIRIO con su traje de "mecánica" y un mantoncillo.)

MARTIRIO.—¡Anda leñe! ¿Pero es usted?

AULO.—Para servirle. ¿Busca usted al marqués, verdad?

MARTIRIO.—Sí, señor.

AULO.—Haga el favor de pasar a la biblioteca; en seguida será con usted.

MARTIRIO.—(Admirada y deslumbrada.) ¡Virgen Santa, y qué lujo! (Mueca de Aulo. Mirando hacia los salones.) ¡Y cómo van algunas!... ¡Mira aquélla, y qué escote!... ¡Y por detrás más bajo todavía! No, si algunas quieren demostrar que no tienen rabo y enseñan el sitio.

AULO.—(Indicándola la puerta de la derecha.) Por aquí.

MARTIRIO.—Muy agradecida. ¡Vaya casa! (Haciendo mutis.) Esto es la gloria in excelsis Deo. (Vase.)

AULO.—(Cerrando la puerta al mismo tiempo que hace la mueca horrible.) ¡Maldita vieja!... Avisaré a Satanelo... (Se va por la segunda puerta de la izquierda, al mismo tiempo que entran en escena la CONDESA DE SARDELLA, la MARQUESA DE MATELOCH y PURITA CANGAS, elegantísimas.)

MARQUESA.—No lo puedo remediar. Tengo otros gustos. A mí esas tabarras no me parecen música. A mí denme ustedes melodías que hagan dormir o jazz-bands que despierten y desvelen; pero esta música de Landeiro, que no es lo uno ni lo otro, no me gusta, aunque se empeñen los intelectuales.

PURITA.—Pues a mí, cantada por Rainela Corni, me entusiasma.

CONDESA.—La Corni es la que actúa en Talía, ¿no?

PURITA.—Sí; es la que ha estrenado "La quinta de abono", cuyo éxito estamos celebrando esta noche. Como los autores han dedicado la obra al marqués de Rodríguez...

MARQUESA.—Este marqués está en todo. Lo mismo da una fiesta para festejar un éxito que para conmemorar una fecha histórica. El asunto es rodearse de lo mejor de nuestra sociedad. Y lo consigue. ¡Tiene un sprit, y un chic y un cachet!... Además que nosotras, ya se sabe, donde se pasa bien, allí acudimos todas.

CONDESA.—¡Claro!

PURITA.—¿Y este título de marqués de Rodríguez es nacional?

MARQUESA.—En concreto no sabe nadie de dónde procede, como no sabe nadie tampoco de dónde ha salido este caballero. Pero ¿qué importa? En este siglo de ir y venir, correr y volar, nadie pregunta antecedentes de nadie. No hay tiempo para eso.

El marqués es simpático, se presenta bien, tira el dinero a manos llenas, emprende negocios importantísimos, pone su influencia a la disposición de sus amigos, y ¿para qué más?

PURITA.—Dicen que en negocios de minas es entendidísimo.

MARQUESA.—¡Oh! Algo sorprendente. Creo que conoce el subsuelo como nadie. Sin calicatas ni sondeos dice: “Aquí hay hierro, o aquí hay carbón”, y hay hierro o carbón. Recientemente ha denunciado dos yacimientos de potasa que le van a producir miles de millones.

CONDESA.—¡Qué suerte! Y óigame, ¿esa opereta cuyo éxito celebramos con tanto fausto, vale realmente?

MARQUESA.—A mí no me ha gustado nada.

PURITA.—Ni a mí. Pero cuando dicen que es tan buena, debe serlo.

MARQUESA.—A mí lo que me parece es que el libro lo he visto yo representar antes de ahora.

PURITA.—Sí, señora. En París: en los Bufos. Pero cuando sus autores dicen que es original...

MARQUESA.—¡Qué chistes más malos tiene!

CONDESA.—¡Ah!, ¿pero es obra de chistes malos? Iré a verla. Me divierten los chistes malos.

PURITA.—Pues en ésta los hay de campeonato. ¿Verdad, marquesa? La protagonista se llama Sara para que un andaluz muy bruto diga que unas veces Zara zufre y otras Zara goza...

CONDESA.—¡Qué horror!

PURITA.—¡Para matarlos! Hay una frase graciosa: la de las cucharillas. (*La condesa palidece.*) Y un chiste que, aunque es una ordinariez, a mí me hizo gracia. Lo del Macaco.

MARQUESA.—Sí, eso no está mal.

CONDESA.—¿Cómo es?

MARQUESA.—Una niñera que va a la playa con un niño que lleva un periódico infantil: el “Macaco”. Al niño se le cae el periódico al agua; la niñera comienza a gritar: “Macaco en la mar, Macaco en la mar”, y la señora, creyendo que dice otra cosa, la despide. (*Risas.*)

CONDESA.—¡Jesús, qué tontería!

PURITA.—(*Mirando hacia la izquierda.*) Mire usted, aquí vienen los autores de la obra con Rainela Corni, la tiple, y Modesto Rico, ese escritor tan eminente. (*Saliendo al encuentro de CORNALIA, que no es otra que la tal RAINELA.*) ¡Bravo, bien!... Ha cantado usted muy bien.

MARQUESA.—¡Magnífica!

CONDESA.—¡Como nunca!...

CORNALIA.—(*Entrando con BERTA, LANDEIRO, ZACARIAS y PIMENTEL, los tres de frac, y con RICO, de smoking.*) ¡Oh! Gracias. Muchas gracias. (*Luz violeta en escena.*) (*Forman to-*

dos un animado grupo. Cornalia, que es una mujer vistosa, elegante y provocativa, se peina de un modo especial y trae unos fantásticos adornos de cabeza.)

RICO.—Pues dice ella que no está bien de voz.

CONDESA.—¡Por Dios!

CORNALIA.—(Al oír la palabra "Dios" hace un gorgorito de tiple en el cielo.) ¡¡¡Aaaaaah!!!

MARQUESA.—¡Es un ángel!

PURITA.—¡Un serafín!

CORNALIA.—(Como antes, muy nerviosa.) ¡Re, mi, fa, sol!...

BERTA.—(Que trae un álbum en la mano.) Quiero que me firmen todos. (A Cornalia.) Usted la primera.

CORNALIA.—Con muchísimo gusto. (Toma el álbum y, seguida de Berta, se sienta ante la mesa de despacho, piensa un momento lo que va a escribir y luego escribe muy despacio.)

MARQUESA.—(A Zacarías.) Nos reímos mucho la otra noche.

PURITA.—Muchísimo.

ZACARÍAS.—Muy amables... (Por Rico.) También al maestro le hizo gracia...

RICO.—(Dándose importancia.) ¡Ya lo creo! El libro tiene cosas de verdadero ingenio. La lección de francés es algo admirable.

LANDEIRO.—Cuando dice el título de la fábula que lee: "L'enfant perdu", y traduce: "El elefante y la perdiz". (Risas.)

CONDESA.—Ingeniosísimo.

MARQUESA.—(A Zacarías.) ¿Pero de dónde saca usted tanta cosa?...

ZACARÍAS.—¡Está uno tan entrenado!... Coge uno la pluma y como el que lava...

PIMENTEL.—(Que le mira asombrado.) (¡Qué espanto!...)

PURITA.—También me hizo a mí mucha gracia lo de Soma la rusa, cuando arroja al mar las aceitunas para que se metan dentro las anchoas.

MARQUESA.—Sí; y luego, cuando se constipa, que empieza a toser, y dicen todos los personajes: "La Soma tose, la Soma tose". (Risas.)

CONDESA.—Veo que la obra no tiene desperdicio.

BERTA.—(Que acaba de leer lo que Cornalia ha escrito en el álbum.) ¡Oh! ¡Muy bonito!... ¡Graciosísimo!

PURITA.—¿A ver?

MARQUESA.—¡Que se lea!

TODOS.—¡Sí, sí!

BERTA.—(Leyendo.) El menor de los males son los siete pecados capitales. (Risas.)

CONDESA.—Muy ocurrente.

RICO.—Ingeniosísima.

ZACARÍAS.—Ya lo creo.

BERTA.—(Ofreciendo el libro a Landeiro.) Maestro...

LANDEIRO.—Ahora mismo. (A Pimentel.) Ayúdame tú. (Toma el álbum y se acerca a la mesa con Berta y Pimentel. Cornalia charla con las señoras.)

ZACARÍAS.—(A Rico, criticando a Pimentel.) ¡Pues sí que lleva una ayuda!... ¡El pobre Pimentel!

RICO.—(Bajando la voz.) No es nada, ¿verdad?

ZACARÍAS.—Menos que nada.

RICO.—¿Cómo colabora usted con él?

ZACARÍAS.—¡Qué sé yo! ¡Le da a uno lástima!... Además que me lo recomendaron con tanto interés Landeiro y Aulo Furnio, el secretario del marqués...

RIGO.—Y a propósito del marqués. Le ando buscando para darle una gran noticia de parte de mi ministro.

PURITA.—(En su grupo.) ¿No encuentran ustedes esta noche al marqués como un poco preocupado?

MARQUESA.—Juraría que Rainela es la causa de su preocupación. ¡La miraba de un modo mientras cantaba!

CONDESA.—Es verdad. Y es que tiene usted una voz divina. Así debe cantarse en la Gloria.

RICO.—Celestial.

CORNALIA.—(Nerviosa, haciendo una mueca y una escala.) ¡La, la, la, la!...

BERTA.—(Por el álbum.) Ea. Ya no faltan más que los señores Polanco y Rico.

CONDESA.—¿Qué pesada está con su álbum!...

CORNALIA.—¿Quién es esa señorita?

CONDESA.—Berta Vasangol, la hija de Isaac Vasangol, ese judío tan rico...

ZACARÍAS.—¿Qué han puesto esos?

RICO.—¡Que se lea!

LANDEIRO.—No he querido escribir música. He puesto una de mis máximas. (Leyendo.)

No olvides nunca esta cuenta:  
En asuntos de teatro,  
siempre que digan noventa,  
no son más que veinticuatro.

(Risas.)

CORNALIA.—¡Muy bien!

BERTA.—Muy ocurrente.

RICO.—Y exactísimo.

PIMENTEL.—(Tomando el álbum.) Lo mío es una chirigota para hacer reír. (Lee.)

Lo dijo Rubén Darío:  
No hay nada en el mundo entero

tan malo como un judío  
que tenga mucho dinero.

(*Rie él y los demás quedan silenciosos y aterrados.*) (¡Qué frialdad!)

PURITA.—¡Se ha lucido!

MARQUESA.—¡Qué plancha!

CONDESA.—(*A Cornalia.*) ¡Válgame Dios!

CORNALIA.—(*Haciendo otra escala.*) ¡La, la, la, la!...

PIMENTEL.—(*Aparte a Zacarías.*) ¿Qué pasa, tú?

ZACARÍAS.—Que el padre de la del álbum es judío y rico, animal. (*Escribe en el álbum.*)

PIMENTEL.—(¡Abrete, tierra!)

RICO.—(*A Berta, preparando su álbum.*) Buscaré lo mejor de mi repertorio...

ZACARÍAS.—(*Ofreciendo a Rico el álbum y el sitio.*) Ahí queda eso. (*Rico escribe después de pensarlo un momento.*)

PIMENTEL.—(*Que no sabe cómo enmendar su yerro. A la marquesa.*) En eso que he escrito me he equivocado, porque el verso no es así. El verso es:

Ya lo dijo Cantarrana:  
No hay nada en el mundo entero  
más malo que una asturiana  
que tenga mucho dinero.

MARQUESA.—Oiga usted, que yo soy de Asturias.

BERTA.—Y yo.

PIMENTEL.—(*Apuradísimo.*) Usted perdone. (¡No doy una!) ¿Dónde está el guardarropa? (*Haciendo mutis, mirando la cha- pa del guardarropa.*) ¡El trece!

RICO.—(*Entregando el álbum a Berta.*) Voila!

CONDESA.—¿A ver?

PURITA.—¡Que se lea!

MARQUESA.—Sí.

BERTA.—Primero lo del señor Polanco. (*Lee.*) “Nada se seca tan pronto como una lágrima.”

TODOS.—(*Admirativamente.*) ¡Oh! ¡Bien!

RICO.—(*Pálido.*) ¿Eh?...

PURITA.—(*Aparte a Rico.*) Eso no es suyo: ese pensamiento es de Sócrates.

RICO.—¿De Sócrates? Pues no sabía...

BERTA.—Ahora lo del ilustre publicista. (*Leyendo estupefac- ta.*) “Nada se seca tan pronto como una lágrima.”

RICO.—(¡Y no puedo marcharme!) (*Suena la música dentro, lejos.*) (*Azoradísimo a Cornalia.*) ¿Quiere usted bailar?

CORNALIA.—Con mucho gusto.

RICO.—Es usted una diosa.

CORNALIA.—Do, re, mi, fa... (*Se van por la izquierda, primera puerta.*)

ZACARÍAS.—(*A Purita, azoradísimo.*) ¿Señorita...?

PURITA.—(*Mordiéndose los labios.*) Encantada.

LANDEIRO.—(*A Berta.*) Si es usted tan amable.

BERTA.—No faltaría más. (*Se van los cuatro por la puerta indicada, en plan de baile. Al desaparecer Cornalia cesa la luz violeta.*)

CONDESA.—Voy, que me esperan... (*Inicia el mutis con la marquesa.*)

MARQUESA.—¿Ha visto usted qué plancha, condesa?

CONDESA.—Los dos pisando a Sócrates... ¡Y que iba en sandalias! (*Mutis.*)

(*Entra SATANELO en escena con AULO por la segunda puerta de la izquierda, un poco misteriosamente y como dando la sensación de que acechan la marcha de los demás.*)

SATANELO.—Es ella, Aulo. Tengo la evidencia. Se peina de ese modo para disimular los cuernos.

AULO.—¿Pero, sin ser capicuada, cómo ha podido adquirir la corporeidad?

SATANELO.—No quiero que te molesten mis palabras, querido Aulo; pero recuerda que en el Infierno se decía que muchos de los hijos de Luzbel no eran suyos. Tu abuela, en su noble afán de nutrir el censo...

AULO.—Sí. El pobre Luzbel fué siempre muy infortunado en su vida privada. La abuelita, primero con Caín, luego con Nerón y más tarde con Abderramán...

SATANELO.—Hablan también de un tenor italiano.

AULO.—¿Qué, le digo a esa mujer que salga?

SATANELO.—No; aguarda aún. Me da miedo lo que pueda decirme. Temo que le haya ocurrido a Gloria algo malo. Fortián y mi pariente se han empeñado en apartarla de mí, y hasta ahora nada he podido contra ellos. Por fortuna he iniciado un procedimiento distinto, del que espero resultados mejores. Con bondades y halagos aspiro a conseguir lo que no he conseguido con la fuerza ni con la astucia. A mi pariente le he conseguido una canonjía. (*Ríen estremeciéndose.*) Con respecto a Fortián, voy a conseguir su indulto. Tal vez cuando pueda circular por ahí libremente, deje de vigilar a Gloria y pueda yo acercarme a ella, como es mi deseo.

AULO.—¿El indulto de Fortián? Sueñas con un imposible.

SATANELO.—¡Quién sabe! Para ello tengo citado aquí esta noche a Martín Tragó, el sabio filósofo y eminente panegirista. ¡El apóstol, como le llaman sus admiradores, que creen en él como en algo sobrenatural!

AULO.—¿Y esperas conseguir que ese hombre...?



SATANELO.—Ese hombre, que por su gran autoridad internacional es el depositario de los fondos recaudados para la construcción del gran templo de Belén, tentado por mí, se gastó hace años más de un millón de pesetas con la Samoska, aquella bailarina rusa, discípula de mi ahijada la Tórtola.

AULO.—¡Hola, hola!... No sabía...

SATANELO.—Es un gran hipócrita y un gran sinvergüenza. Yo le obligaré a obedecerme.

AULO.—De lo que tienes que ocuparte es de conseguir, sin grandes intereses, los nueve millones que necesitamos para comenzar la explotación de las minas.

SATANELO.—Me los dará Isaac Vasangol, el judío. Es mío también. ¿No recuerdas que se le suicidó hace años su esposa? ¿Que la encontraron muerta, encerrada por dentro, en el despacho del marido?... La mató él y salió del despacho por el reloj de pared. Un reloj que comunica con una chimenea del pasillo. Nadie conoce ese secreto. Al artista que le hizo la instalación lo envenenó en Venecia para que no lo dijera a nadie. ¡Es un miserable!

AULO.—¡Ay, si tú fueras más dueño de ti, Satanelo! ¡Qué poco íbamos a tardar en ser los amos del mundo! ¡Pero esa maldita Gloria!

SATANELO.—No la maldigas. Haz salir a esa mujer. Ahora, con el baile, no nos interrumpirán.

AULO.—(Abriendo la puertecita de la derecha y hablando hacia el interior.) Tenga la bondad de salir.

(Entra MARTIRIO en escena.)

MARTIRIO.—¡Ya era hora!

AULO.—Aquí tiene usted al señor marqués de Rodríguez.

MARTIRIO.—(Asustada.) ¡¡El!!!... ¡¡Ay!!

SATANELO.—¿Qué?

MARTIRIO.—¡¡¡Satanás!!!

SATANELO.—¿Aun sigues creyendo en esa fábula inventada por Fortián? Porque él pretenda alejarme de Gloria y aquella noche un rayo derribara el mostrador de tu taberna, ¿vas a creer en esa patraña del diablo? No seas infeliz, pobre mujer. ¿Estaría toda esa gente en mi casa si yo no fuera una persona como todas las demás?

AULO.—¿Y estaría yo a su lado si no fuera el más perfecto de los caballeros?

MARTIRIO.—(Que comienza a tranquilizarse.) ¿Pero...?

SATANELO.—Lo que sucede es que Fortián, de quien he sido víctima más de una vez, quiere perderme de nuevo, y al saber que estoy enamorado de su hija, quiere vendérmela en un precio demasiado elevado. ¿Qué te ha dado para mí?

MARTIRIO.—Esta carta...

SATANELO.—(*Cogiéndola.*) Venga... (*Martirio entrega la carta a Satanelo.*) (*Leyendo.*) ¿Eh?...

AULO.—(*Intrigadísimo.*) ¿Qué?

SATANELO.—(*Leyendo un poco alterado.*) “Tengo en mi poder lo que tanto ansías. A las doce iré a verte para pactar contigo las condiciones de la entrega. Que nadie me impida llegar hasta ti.” (¡El botón!)

AULO.—(*Tembloroso.*) (¡Ha encontrado el botón!)

SATANELO.—(*A Martirio, una vez repuesto de su emoción.*) Ya ves, el propio Fortián se delata en esta carta. Quiere pactar conmigo las condiciones en que ha de entregarme su hija.

MARTIRIO.—¿Pero es posible?...

SATANELO.—(*Dándole la carta.*) Léelo tú misma.

MARTIRIO.—(*Después de leer la carta.*) ¡No será! Yo avisaré a Gloria para que no se deje sorprender. Tan engañada está ella como lo estaba yo. ¡Parece mentira!

SATANELO.—Si tú fueras buena, dejarías que la viese un instante. Unos minutos serían suficientes. ¿Qué quieres a cambio de ello: dinero? (*Abriendo uno de los cajones de su mesa.*) Espera. Toma. (*Le da un gran fajo de billetes.*)

MARTIRIO.—(*Asombrada.*) ¡Jesús!...

(*Mueca de Aulo.*)

SATANELO.—Eso no es nada. Si logro hablar con ella te daré mucho más.

MARTIRIO.—(*Indecisa.*) ¿Pero...?

SATANELO.—Es por su bien. ¿No dices que la quieres tanto?... Demuéstraselo ahora.

MARTIRIO.—Pues bien; sí. Voy a prevenirla ahora mismo, y si accede a los deseos de usted, vendré en seguida a decírselo.

SATANELO.—Gracias.

MARTIRIO.—(*A Satanelo.*) Y perdone que le haya creído lo más odioso que hay en el mundo. (*Mutis.*)

SATANELO.—Bien, bien...

AULO.—(*Después de mirar hacia la izquierda.*) Cuidado... Aquí llegan el apóstol de marras y Modesto Rico.

SATANELO.—¿Quién?

AULO.—Ese erudito que escribe mucho de música sin saber una jota y que cree que las corcheas son... de corcho.

(*Entra RICO por la primera izquierda con TRAGO, un venerable señor como de setenta años, con barbas de apóstol y aspecto nobilísimo.*)

RICO.—Yo iré a recogerlo. No me lo mande usted, porque yo vivo en los quintos infiernos, donde el diablo perdió el poncho. ¿Eh? Aquí está el marqués; voy, con el permiso de usted, a decirle dos palabras. Es cuestión de un minuto.

TRAGÓ.—Yo también le vengo buscando.

SATANELO.—¡Señores!

RICO.—Vengo a comunicarle de parte de mi ministro que por los extraordinarios conocimientos que ha revelado acerca de nuestro subsuelo, le ha sido concedida la gran cruz del crédito minero.

SATANELO.—(*Lívido.*) ¿Eh? ¿Una cruz? ¡No! ¡Eso no es posible! ¡Jamás!

RICO.—¡Por Dios! ¡Qué modestia! Usted merece esa cruz y todas las cruces.

SATANELO.—¡¡No!! ¡¡Aulo!!

AULO.—¡Resignación!

RICO.—El señor ministro, aprovechando esta fiesta, vendrá luego a imponerle la cruz delante de sus invitados... Reciba usted mi más cordial enhorabuena.

SATANELO.—Gracias, pero no... ¡¡No!!

AULO.—¡Calma! ¡Calma!

RICO.—(*A Tragó.*) Es de una modestia increíble. Se ha inmutado por esa gracia.

AULO.—¡Vamos, cálmate! Disimula.

SATANELO.—¡Pero si no puede ser, Aulo! ¡Cómo va a tocarme una cruz!

AULO.—Diremos que te la cambien por una banda. Una banda sí puede tocarte.

SATANELO.—No me hagas chistes malos, que te ahogo.

AULO.—Vamos, serenidad. El señor Tragó te aguarda.

RICO.—Hasta luego. (*Se va por la izquierda.*)

SATANELO.—Sí, señor Tragó, deseo recibir de usted un favor inmenso.

TRAGÓ.—Dígame.

SATANELO.—Como es usted un gran dominador de multitudes, y cuanto usted dice se acepta sin discusiones, yo quisiera que durante unos minutos pusiera usted a mi disposición su talento y su prestigio para lograr el indulto de un gran criminal arrepentido; indulto que yo pediría una vez que usted hubiera preparado el terreno convenientemente. Se trata de Fortián Oraz.

TRAGÓ.—¡Por Dios, marqués! ¿Está usted loco? ¡Al diablo se le ocurre!

SATANELO.—¡Claro!

TRAGÓ.—(*A Aulo.*) ¡Ahí es nada, amigo Furnio! ¡Yo defendiendo al peor de los ladrones y al más sanguinario de los asesinos! ¡Fortián es indefendible, marqués! Todo podré yo hacerlo en este mundo menos procurar el bien de ese azote de la humanidad.

SATANELO.—Le advierto a usted que Fortián no es más que

un pobre hombre. Se lanzó al crimen por una mujer, por una bailarina.

AULO.—(*Intencionadamente.*) ¡Como otros!

SATANELO.—En esfera distinta, tal vez se hubiera limitado a distraer alguna cantidad...

AULO.—¡Como otros!

SATANELO.—Si él hubiera sido depositario de algunos fondos para alguna construcción, tal vez con un millón de pesetas hubiera tenido bastante...

AULO.—¡Como otros!

TRAGÓ.—(*Desconcertado, secándose la frente.*) ¿Eh? ¿Pero...?

AULO.—(*Sonriendo a Satanelo.*) S'amosca, s'amosca.

TRAGÓ.—(*Lívido.*) ¿Qué?

AULO.—Que... s'amosca usted...

SATANELO.—En fin, no insisto. Si usted no lo estima oportuno, yo no quiero obligarle... (*Cambiando de tono.*) Qué, ¿le ha divertido la fiesta?...

TRAGÓ.—(*Que sigue desconcertadísimo.*) Sí...

SATANELO.—Para mí es casi una fiesta de despedida. Me marcho a Tierra Santa. (*Mueca de Aulo, que acaba de desconcertar a Tragó.*) Voy a Belén. Por cierto que, aprovechando mi viaje, quieren que me ocupe de lo del templo. (*Tragó vuelve a secarse el sudor de la frente.*) Le suponen a usted fatigado con tanta labor social y desean nombrarme depositario para que usted me rinda cuentas...; pero yo no he aceptado el cargo, porque creyéndolo a usted amigo mío...

TRAGÓ.—¡Por Dios santo! (*Al ver la mueca de Aulo.*) ¿Es que lo duda usted?

AULO.—No, si yo no... Ni dudo de la amistad de usted ni del talento de usted, que sabe lograr siempre lo que se propone.

TRAGÓ.—En algunos casos... En este de Fortián, por ejemplo... (*Queda pensativo. Sonriendo.*) Claro que yo podría decir...

AULO.

SATANELO.

} (*Intrigadísimos.*) ¿Qué?

TRAGÓ.—¡Tendría gracia!...

SATANELO.—(*Como antes.*) ¿Eh?

AULO.—(*Idem.*) Diga. (*Forman los tres una piña, las caras juntas con gestos de curiosidad y de malicia. Son tres diablos que se divierten.*)

TRAGÓ.—Porque si no hubiera ladrones ni asesinos, ¿habría cárceles, ni jueces, ni policías, ni abogados?... ¿Tendrían razón de ser tantas fábricas de cajas fuertes y de cerraduras?... ¿Habría tanto Banco ni tantas armas?... Dejarían de explotarse la mayoría de las minas... Apenas se hojeara en las estadísticas, se podría comprobar que si en este momento desaparecie-

an del mundo los asesinos y los ladrones, quedarían sin co-  
ocación y sin trabajo unos doscientos millones de hombres.

SATANELO.—¡Sí, señor!

AULO.—¡Más!

TRAGÓ.—Tiene usted razón: más.

SATANELO.—El ladrón es indispensable en el mundo.

AULO.—¡Y el asesino!

TRAGÓ.—¡Los dos! ¡Dan de comer a mucha gente! Puede de-  
cirse que son dos grandes benefactores de la humanidad. (*Se  
ríen los tres.*) Hombre, si hay ambiente, voy a dar una con-  
ferencia ahora mismo. Sería oportuno. Tendrá usted una gran  
base para pedir ese indulto, marqués.

SATANELO.—Gracias, entrañable maestro. ¡Siempre amigo  
suyo!

TRAGÓ.—Y yo... ¡siempre su esclavo! (*Bajando la voz.*) Es-  
pero que no tirará el diablo de la manta...

SATANELO.—(*En el mismo tono.*) Al diablo le gusta arro-  
parse...

TRAGÓ.—(*Riendo y dándole un fuerte apretón de manos.*) ¡Es  
usted el mismo demonio!

SATANELO.—Sí, señor.

TRAGÓ.—Hasta ahora.

SATANELO.—Hasta siempre.

TRAGÓ.—(*Haciendo mutis por la izquierda.*) (¡Me tiene cogi-  
do como a un párvulo!) (*Vase después de saludar reveren-  
cioso.*)

SATANELO.—Estos grandes hipócritas son nuestros mejores  
auxiliares.

AULO.—Mira al duque de Carmelié con sus tres hijas. De-  
trás, el padre de sus tres hijas.

SATANELO.—¡Qué horror! ¡Cuánto lío veo! ¡Y qué enredos  
de familia!

AULO.—(*Disimulando.*) Cuidado... Vasangol, el judío...

SATANELO.—Aléjate un poco...

(*Aulo se acerca a la mesa y simula arreglar unos papeles.*)

ISAAC.—(*Tipo de perfecto judío. Por la izquierda.*) Acaba  
de decirme Tragó que estaba usted aquí en su despacho...

SATANELO.—Qué, ¿viene usted a decirme que está dispuesto  
a proporcionarme esos nueve millones?...

ISAAC.—Sí, señor, pero al ocho, y no al siete; con la garan-  
tía de todos los bienes de usted y con derecho al cincuenta por  
ciento de cuando produzcan esos yacimientos de potasa.

SATANELO.—¡Qué atrocidad! Eso es querer cobrar mil por uno.

ISAAC.—El dinero está muy caro, querido marqués.

SATANELO.—Ya, ya discutiremos ese punto. Aguárdeme luego,  
a última hora, en su casa. (*Bajando la voz.*) En su despacho...

y no diga nada a nadie. Que nadie me espere. (*Misterioso y siniestramente.*) Yo entraré por el reloj.

ISAAC.—(*Demudado.*) ¿Qué?

SATANELO.—(*Como antes.*) Por donde salió usted después de haber asesinado a su esposa, para poder apoderarse de...

ISAAC.—(*Lívido.*) ¡¡Silencio, por Dios!!...

SATANELO.—(*Amenazador.*) Mañana antes de las doce necesito poseer ese crédito...

ISAAC.—(*Vencido.*) Lo tendrá usted mañana mismo. Hasta mañana.

SATANELO.—Hasta mañana.

ISAAC.—(*Haciendo mutis por la izquierda.*) (¡No será! ¡Yo sabré librarme de ti!) (*Vase.*)

SATANELO.—(*A Aulo, que le interroga con el gesto.*) Hecho.

AULO.—¿Pronto?

SATANELO.—Mañana. Y ahora, querido Aulo Furnio; ahora, hermano Tresapio... (*Luz violeta intensísima.*) ¿Eh?

(*Aparece CORNALIA súbitamente.*)

CORNALIA.—Ahora tiene que oírme Satanelo.

SATANELO.—¿Por fin te das a conocer?... Sabía quien eras, Cornalia. ¡Ojalá supiera cuál es tu amuleto para arrancártelo y dejarte en el mundo de tiple de opereta, expuesta a las codicias de los empresarios, a las partituras de los Landeiros y a los peligros de un "se dice". ¿Hasta cuándo va a durar esta persecución?

CORNALIA.—No es que te persigo, Satanelo: es que deseo lo mejor para ti. Te juré aquel día que si había un medio posible de salvarte vendría en tu busca. Pues bien, aquí me tienes. Hay para ti un medio de salvación.

SATANELO.—Habla.

CORNALIA.—Nadie sabe en el Infierno lo que te sucede. Yo, que podía haber contado a todos tu derrota y tu traición, esperanzada con la idea de salvarte y de obligarte a mí, he dicho que permaneces en la tierra trabajando en provecho de todos e intentando salvar a Tresapio, a quien todos dan allí por perdido. Puedes regresar al Infierno cuando gustes, en la inteligencia de que serás recibido triunfalmente. Y regresarás en seguida porque para ello tengo el medio más eficaz. Tu propio amuleto. ¿No te alegras?... ¿Lo dudas acaso?... Escúchame: Yo no sabía que, gracias a las veleidades de mi madre, era yo capicuada "ful"; es decir, que apareciendo como legítima y siendo legalmente legítima, no era hija de Luzbel, sino de Carlo Magno.

AULO.—¡Anda, morena!

CORNALIA.—Al saber que podía adoptar la corporeidad, le pedí autorización, tomé mi amuleto y vine a la tierra con el único

objeto de recuperar tu botón. Yo sabía que no era posible entrar en el hospital donde cayó; pero llamé a Fortián, tu enemigo, le di cuanto dinero necesitaba para que, so pretexto de unas obras, entrase y buscara detenidamente el botón, y lo ha encontrado. ¡Míralo! (*Le enseña un botón.*)

AULO.—(*Dispuesto a caer sobre él.*) ¡Eh?...

SATANELO.—¡Qué?... (*Se acerca a ella y mira el botón.*)

CORNALIA.—(*Guardándolo en su mano.*) No he de entregarlo sino pactando previamente.

SATANELO.—Nada tienes que pactar, Cornalia. Fortián te ha engañado. Ese no es el botón de Satanás.

CORNALIA.—¡Eh?...

SATANELO.—Fortián, que desea, a su vez, pactar conmigo, acaba de escribirme diciéndome que tiene en su poder el amuleto. No es ése.

CORNALIA.—¡Lo dices para engañarme?

AULO.—Trae, probaré. (*Toma el botón.*) Si es el amuleto podré filtrarme a través de esa librería y huir para siem... (*Se da un trastazo contra la librería que ve las estrellas.*) ¡Maldita sea la...! (*Hace cien visajes maldiciendo.*) ¡Toma, imbécil! (*Le arroja el botón.*)

CORNALIA.—(*Furiosa.*) ¡Ira del Infierno! ¡Engañarme a mí!... ¡No! ¡Aguarda! (*Mutis por la izquierda. Desaparece la luz violeta.*)

AULO.—¡Ese Fortián!... Bueno, Fortián y quien no es Fortián, Satanelo, ¡nos pueden! Estamos en ridículo. Vamos que a mí me da vergüenza decir que soy el demonio.

SATANELO.—(*Que sigue con la vista a Cornalia.*) Ocúpate de ella. Síguela. La temo. Si la ves desaparecer dímelo en seguida para estar sobre aviso.

AULO.—Sí, espera. (*Se va por la izquierda.*)

SATANELO.—No sé qué extraña angustia siento. Y luego este libro, este maldito libro. (*Saca un libro que tiene oculto y lee.*) "El que dijera que el suplicio del demonio ha de ser temporal y que ha de tener fin, anatema." ¡¡Maldita!! Pero si yo soy al mismo tiempo hombre y demonio; si de mi especie, de mi clase, no han tratado jamás ni concilios ni sínodos. (*Pausa.*)

(*La luz de la escena se cambia varias veces de color y queda en violeta nuevamente. AULO entra rápidamente por la puerta de la terraza.*)

AULO.—Satanelo.

SATANELO.—¡Qué?

AULO.—Cornalia, al llegar al jardín, ha desaparecido. Su espíritu debe hallarse a tu lado.

SATANELO.—(*Asqueado y temeroso.*) Sí, lo siento a mi alrededor.

AULO.—Además...

SATANELO.—¿Qué?

AULO.—En el jardín ha encontrado Fortián a su hija, que venía acompañada con Martirio.

SATANELO.—¿Eh? Hazlos pasar.

AULO.—Sí. (*Hace una seña.*) Si recuperas el botón no me abandones, Satanelo. Acuérdate de mí. Que no tenga que volver a traducir comedias como antes, ni a vender cámaras frigoríficas y "Refrigerator", que cada vez que vendía uno se me caía la cara de vergüenza.

SATANELO.—(*Al ver la aparición de los demás personajes.*) ¡Calla!

(*Entran por la puerta de la terraza GLORIA, MARTIRIO y FORTIÁN. Al entrar Gloria desaparece la luz violeta, brilla la escena como un ascua y se ve en un rincón, como entre gasas rojas, a CORNALIA, que, como acorralada y vencida, se restriega los ojos para ver mejor.*)

FORTIÁN.—(*A Martirio.*) Entra también. ¿No eras tú quien la traía?

GLORIA.—¡Satanelo!...

SATANELO.—¡Gloria!...

FORTIÁN.—¡Quieto! ¿No has recibido mis noticias? ¿No me esperabas? ¿No sabes que tu amuleto está en mi poder y que ha llegado el momento de tu liberación?

SATANELO.—(*Disimulando.*) No sé de qué me hablas...

FORTIÁN.—Es inútil que finjas. Acabo de contar a las dos a lo que vengo y saben lo que supone para ti el botón de Satanás. (*Enseñándolo.*) ¡Míralo! (*Satanelo vuelve la cabeza, pero Aulo lo mira con ojos de codicia.*) Es el que puede volverte a tu condición de ser superior. Pero no he de entregártelo sin que me jures dos cosas: que no has de trocar en odio el cariño que ahora tienes a mi hija y que no has de volver a impulsarme al mal, porque tú, y sólo tú, eres el verdadero autor de todos mis crímenes.

SATANELO.—(*A Gloria.*) ¡No lo creas, no es cierto! ¡Te lo juro!

FORTIÁN.—¿Qué me contestas?...

SATANELO.—(*Tras una pausa.*) ¡Guarda el amuleto, Fortián; no lo quiero!

GLORIA.—(*Esperanzada.*) ¿Eh?

AULO.—(*Acercándose a Fortián, como un tigre que acecha su presa.*) ¿Qué?

SATANELO.—No quiero más negruras. Mis ojos se han habituado ya a la luz que purifica.

AULO.—(*Quitando el botón a Fortián.*) ¡Por fin! (*Obscuro total, gritos de todos.*)



SATANELO.—(*Durante el obscuro.*) Sálvame, Gloria. Ya no poseo más amuleto que tu cariño. (*Vuelve la luz.*)

RICO.—(*Entrando con todos los demás personajes.*) Aquí está...

SATANELO.—¿Eh?

RICO.—Querido marqués, el señor ministro viene a colocar sobre su pecho la cruz que le ha sido concedida.

(*Entra gravemente el MINISTRO.*)

SATANELO.—¡No!!

(*Se oye una carcajada de AULO.*)

MINISTRO.—(*Escamado.*) ¿Quién se ríe? ¿También aquí se van a reír de mí?

SATANELO.—Perdonadme. Yo no quiero...; yo no merezco esa cruz...

GLORIA.—¿Por qué no?

MINISTRO.—Acérquese.

CORNALIA.—(*Entrando en escena con ISAAC, que trae un puñal en la mano y que viene como hipnotizado. A Isaac.*) ¡Ahora! ¡Mátale! ¡Quiere perderte! Desea tu mal. ¡Quiere tu dinero! Yo sumiré esto en tinieblas y entonces...

MINISTRO.—(*A Rico.*) Necesito música.

RICO.—(*En alta voz.*) ¡Música! (*Música dentro.*)

MINISTRO.—En nombre del gobierno... (*Obscuro total.*)

SATANELO.—(*Gritando.*) ¡¡Ay!! (*Al volver la luz está Satanelo herido. Isaac oculta el cuchillo con que acaba de herirle.*)

GLORIA.—¡¡Satanelo!!

ISAAC.—(¿Qué he hecho yo?) ¡Jesús!

FORTIÁN.—(*Aparte a Isaac.*) ¿Cuánto me das y me declaro autor de su muerte? (*Hablan aparte.*)

SATANELO.—(*Moribundo, asistido por Gloria y Cornalia.*) ¡Gloria! Yo quiero redimirme.

GLORIA.—¡Deséalo! Di conmigo: "Señor, perdóname."

SATANELO.—"¡Señor..., perdóname!..."

(*Cornalia retrocede furiosa. Muere.*)

GLORIA.—¡Ha muerto!... ¡Y sonríe! ¿Será posible que su alma...? ¡La misericordia de Dios es tan grande!

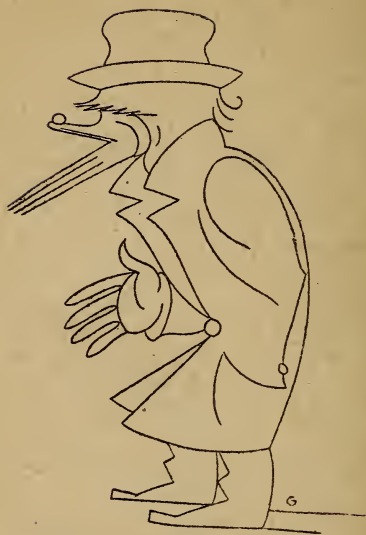
MARTIRIO.—¿Pero quién le ha matado?

FORTIÁN.—¡Yo! ¡Fortián Oraz!

TODOS.—¡Qué horror! ¡Qué espanto!

TRAGÓ.—¡Ya tienen trabajo los jueces, y los letrados, y los guardianes, y hasta el verdugo! ¡Lo que os decía antes, señores! El ladrón y el asesino son necesarios para el equilibrio y la buena marcha del mundo. Saludemos a un gran benefactor de la humanidad.

(*En el muro del foro se ve a Aulo que ríe; Cornalia, espantada, desaparece como vencida.*)



# LA FARSA

está a la venta. en la

Librería y Editorial Madrid

Arenal, 9 - MADRID

Donde puede usted suscribirse, ad-

quirir el número de la semana

y los números atrasados que

falten para completar

su colección



# LA FARSA

Publicación semanal  
de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTIN DE PEDRO

Las obras más interesantes; las  
de más prestigiosos autores; las  
que más expectación hayan des-  
pertado, las encontrará usted en

## LA FARSA

### EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, 18.--Madrid.

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS